

SAN FRANCISCO COLL EN EL CULTIVO DE LOS NUEVOS BROTES DEL ÁRBOL PLANTADO POR SANTO DOMINGO

VIC 22 A 25 DE JULIO DE 2011

PRIMERA PARTE

Preámbulo

Al comienzo de este Encuentro de Formadoras de la Congregación queremos acercarnos *al magisterio del Padre Coll* con relación a la Congregación de la Anunciata.

No hace falta realizar grandes esfuerzos para poner de relieve el *significado* que tuvo, y en consecuencia tiene, la Congregación dentro del ámbito de sus tareas, preocupaciones, afectos y esperanzas que mantuvo en vida.

Entre las primeras reflexiones que se escribieron y publicaron a raíz de la muerte están las de su colaborador, el P. Francisco Enrich, y las de su admirador el Canónigo Collell.

Este último, en la «Revista Popular», que se publicaba en Barcelona, escribió el 15 de mayo de 1875, después de hacer un resumen de su vida:

«Pero **la más duradera memoria de su apostólico celo** será el Instituto de Hermanas Terciarias de Santo Domingo, que bajo el título de *Congregación de la Encarnación del Hijo de Dios* empezó a fundar en Vich en el año 1856, contando ya actualmente 50 casas en varios obispados de Cataluña, dedicadas a la enseñanza y beneficencia». (*Testimonios* (= T), p. 432)

El P. Enrich, por su parte, se apresuró a comunicar la muerte del P. Coll al Superior general de la Orden, entonces con título de Vicario general. Su carta tenía fecha de 5 de abril de 1875, y escribía así, también después de evocar las principales etapas por las que transcurrió su existencia:

«Ahora lo contemplamos sobreviviente, y **sobreviviente con gloria**, en su **obra maestra la Congregación** de la Encarnación del Hijo de Dios de Hermanas de la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo, fundada por él el 17 [sic] de Agosto de 1856. —Al advertir en sus correrías misioneras la ventaja que se podría seguir de la enseñanza de las niñas, y del buen ejemplo en la entrega a obras de caridad, le pareció oportuno aceptar la oferta de jovencitas, y también de alguna de cierta edad llena de buena voluntad, con más o menos capacidad para la enseñanza. He aquí las Terciarias bien dispuestas» (T, p. 588).

En consecuencia, ambos autores apreciaban que la Congregación es la «obra maestra», la que «hace sobrevivir con gloria» al Padre Coll. Es asimismo el testimonio más duradero «de su celo apostólico», celo «que le devoraba», según el mismo canónigo Collell.

Es oportuno, por tanto, acercarse a repasar y analizar el *pensamiento*, las *convicciones* que el P. Coll tenía sobre la Congregación, así como la *relación que mantuvo con ella*. Lo que él pensaba, su magisterio dirigido a la Congregación, iluminará el camino presente. A la luz de la fe se descubrirá el “trabajo” que sigue realizando, también hoy, en la construcción de esta “su obra maestra” y “duradera”.

De Santo Domingo aseguraba Santa Catalina que *continuaba predicando en su tiempo y predicaría siempre*. Lo mismo cabe decir del P. Coll. También él a la hora de la muerte pronunció palabras muy similares a las que Nuestro Padre dirigió a los frailes en Bolonia. Decía el P. Coll: —«Desde el cielo les ayudaré mucho más que viviendo en esta tierra», según el testimonio del la H. *Miralpeix* (T., p. 1133).

Ayudará, al hilo de esta reflexión, recordar un texto del Concilio Vaticano II, que se halla en la constitución dogmática «Lumen Gentium». Viene a poner de manifiesto, a la luz de la fe, la comunión concreta que el P. Coll sigue manteniendo con su Congregación. En el capítulo VII de dicha constitución se plantea el Concilio la *Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la iglesia celestial*. Al llegar al n. 49 escribe así:

«Así, pues, hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de sus ángeles (cf. *Mt* 25, 31) [...] sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando «claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es». Mas **todos**, en forma y grado diverso, **vivimos unidos en una misma caridad** para con Dios y para con el prójimo y cantamos idéntico himno de gloria a nuestro Dios [...].

«La unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, **de ninguna manera se interrumpe**, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, **se robustece con la comunicación de bienes espirituales**.

«Por lo mismo que **los bienaventurados** están *más íntimamente unidos a Cristo*, **consolidan** más eficazmente a toda la Iglesia en la *santidad*, ennoblecen el *culto* que ella ofrece a Dios aquí en la tierra y **contribuyen de múltiples maneras a su más dilatada edificación** (cf. *1 Co* 12, 12-27).

«Porque ellos, habiendo llegado a la patria y estando “en presencia del Señor” (cf. *2 Co* 5, 8), **no cesan de interceder por Él, con Él y en Él a favor nuestro ante el Padre, ofreciéndole los méritos que en la tierra consiguieron** por el “Mediador único entre Dios y los hombres, Cristo

Jesús” (cf. *ITm* 2, 5), como fruto de **haber servido al Señor en todas las cosas** y de haber **completado en su carne** lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Col* 1,24).

«Su **fraterna solicitud contribuye**, pues, **mucho** a **remediar nuestra debilidad**».

Bien puede decirse, por tanto, que la consideración del *magisterio* y de los *cuidados* que el P. Coll prodigó a la Congregación, ayudan a entender, pero elevados a un grado todavía más perfecto, **la enseñanza que dirige hoy día** y los **trabajos que sigue poniendo** en el presente, a las puertas ya del IIº Centenario de su Nacimiento.

* * *

CONVICIONES QUE REVELA CUANDO PRESENTA LA CONGREGACIÓN EN SUS COMIENZOS

1.- Se trata de una «**Obra**» en cuyo origen está Dios, y María, su Madre. La iniciativa de su puesta en marcha la toma el Señor mismo.

1.1.- Es una Obra «**inspirada**» por Dios. Así lo escribe en *carta al P. Orge*. —Cuando iban agrupándose personas para secundar un proyecto fundacional que les presentaba el P. Coll, éste escribió al que era su Superior general, P. Antonio Orge. El mensaje esencial de su carta hay que rastrearlo por la respuesta que recibió, porque la carta del P. Coll no se conserva. Le participaba el P. Orge (22 de agosto de 1857):

«Me ha servido de mucho consuelo al ver el grande y piadoso pensamiento **que Dios Nuestro Señor** [...] le ha inspirado en la fundación y dirección de las Terciarias de nuestra Orden, destinadas a ser Maestras de la enseñanza cristiana y religiosa en las poblaciones que tanto necesitan de ella, tantos males evita, y tantísimos bienes produce» (T, p. 561).

Dios, en consecuencia, es el **inspirador** de la **puesta en marcha** de la Congregación, y acompaña al P. Coll para que acierte en la **dirección** de la misma.

Esta carta **fortaleció el ánimo** del Coll, que era un convencido de la “mediación eclesial”. Dios manifiesta su voluntad **por medio de la Iglesia**, y le desvelaba su querer ahora valiéndose de su Superior general.

1.2.- La Congregación es una Obra «**protegida**» **por Dios**. Así lo confiesa espontáneamente en carta que dirige al dominico P. Ramón Vallés (Lérida), el 1º de junio de 1858. Le comenta las peticiones que recibía para que fundara casas por diferentes lugares. Pero de momento no podía acceder a tales ruegos, por

escasez todavía de Hermanas tituladas. Le hablaba también, de la falta de espacio suficiente para aceptar más postulantes, de los exámenes de las Hermanas, pruebas que le «ocupan» y «preocupan» a él mismo. Pero se mantenía sereno, sin zozobra: «No temo no, por eso, gracias a Dios, porque **Dios Nuestro Señor y María Santísima nos protegen en todo**». Unas líneas más adelante, en esta misma carta, expresaba cuál era el objetivo último de sus esfuerzos: *que Dios fuera glorificado en todo* (Obras Completas (=OC), p. 365).

1.3.- Dios puede «*inspirar a otras personas*» acerca de la índole de la Congregación, y en concreto, presentarla “**como Obra suya**”. Así lo estimaba cuando escribía al sacerdote José Matarrodona, organista de la Comunidad de beneficiados de Moià, y persona de su confianza. Se dirigía a él desde Vilanova i la Geltrú, el 4 de abril de 1859, y le pedía que reflexionara sobre la posibilidad de abrir un Noviciado en su propia casa de Moià, que tenía además una iglesita adjunta, dedicada a San Pedro, arrepentido de la negación que hizo del Señor en el momento de la Pasión:

«Si **Dios Nuestro Señor le da a Usted a conocer** que lo ejecute, *no le haga el sordo*; porque no le irá bien a usted; ya sabe que **las inspiraciones de Dios** Nuestro Señor se han de ejecutar. Yo no pensaba en nada de esto, y *si no es voluntad de Dios* lo que le pido, me quedaré del mismo modo contento, porque sólo quiero su santa voluntad; pero, *si es voluntad de Dios Nuestro Señor*, ya se hará» (OC, p. 368).

1.4.- **Dios «dio a entender»** al P. Coll, porque «**a Dios consultó**», que la Congregación sería uno de los **medios más a propósito para remedio de muy graves males del tiempo**. Así lo transmitió en 1873 al Superior general de la Orden, con el título de Vicario general:

«Habiéndome *dedicado muchos años*, como misionero apostólico y dominico exclaustro a la predicación dando misiones y haciendo novenarios y sermones en el principado de Cataluña, observé que una de las principales causas de la *desmoralización de los pueblos* era la *ignorancia en la mujer y la falta de enseñanza religiosa*. Esto me indujo a discurrir cómo podría yo cooperar a la salvación de tantas almas que se perdían por dicha causa y **Dios Nuestro Señor me dio a entender** que uno de los medios más a propósito sería la fundación de una Congregación o Instituto de Hermanas Terciarias Dominicas, que tuviese por objeto la *Enseñanza* de las niñas en los pueblos y ciudades.

A este fin, después de haberlo **consultado con Dios** y con eclesiásticos de ciencia, virtud y celo regulares y seculares, reuní algunas doncellas virtuosas y deseosas de consagrarse al servicio de Dios y al bien de la sociedad por medio de la enseñanza, contando fundadamente que éste sería el medio principal para su subsistencia» (OC, p. 375).

1.5.- A medida que iba pasando el tiempo *se verificaba y hacía más visible la acción de la divina providencia sobre la Congregación*. El P. Coll transmitía con fuerza y «**publicaba**» su *convicción* de que la Congregación era, efectivamente, una «**Obra de Dios**». Basta repasar algunas expresiones del

Prólogo que escribió para la «Regla o forma de vivir de las Hermanas», editada en 1863:

«A la vista de todo esto y de las demás cosas grandes y más admirables que las ya referidas, las cuales ni quiero, ni podría decir, porque sería hacerme interminable, ¿no tengo fundados motivos para decir con el Profeta *¿Nonne a Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris?* [Sal 118, 23], *¿no es ésta una obra de Dios y admirable a nuestros ojos?* —Sí, sí; así lo han dicho hombres grandes en virtud y ciencia: **es obra de Dios, es obra de Dios, sin poner la menor duda**, después de haber dado una rápida ojeada a ella; **sí, sí, es obra de Dios**, y dada al mundo [...]. —Sí, sí, es **obra de Dios**, a mi parecer y dada al mundo [...], para manifestar con ella que se vale Dios Nuestro Señor de los ignorantes para confundir a los sabios, de los flacos para confundir a los fuertes, de los pobres para confundir a los ricos y de los despreciados para confundir a los alabados y aplaudidos. ¡Bendita y alabada sea, oh Dios mío, vuestra *admirable Providencia!* ¿quién había de pensar que *del polvo de la tierra formaseis una obra tan grande y portentosa* como es este Santo Instituto! Vuestra *bondad infinita*, vuestra *piedad y clemencia* han hecho que en estos tiempos tan llenos de relajación, de escándalos y de todo género de vicios, saliese este santo y admirable Instituto» (OC, p. 54).

1.6.- En el contexto de una ferviente exhortación al rezo del **Rosario**, en el «Proyecto de Constituciones» que elaboró hacia el fin de su vida, cargaba el acento en la *parte que tiene María* en esta «Obra», naturalmente inseparablemente unida a su divino Hijo. La Madre de Dios tiene una parte decisiva en la Congregación.

«¿Dudaréis rezándole con toda la devoción posible el **Santo Rosario**, si lograréis o no la propagación, aumento y extensión de este santo Instituto para **dar gloria a Jesús y a María**, y ayudarles a salvar las almas? Afuera, afuera de vuestros corazones este temor, no lo dudéis, estad ciertas que este santo Instituto **es obra de María; sí, sí, no tengo duda alguna que María del Rosario lo ha puesto bajo la sombra, protección y amparo del Santo Rosal.**

«Si me fuese posible dar las razones de mi fundamento para asegurar lo que digo, **nadie diría otra cosa sino que es obra de María Santísima del Rosario**: pero *ya hablan las obras*. En el año 1856 me concedió licencia el Señor Obispo Palau en su mismo palacio para plantar este rosal, y ya cuenta ahora con 46 fundaciones. — **¿Y no es esto obra de María?**

«Es verdad ha padecido este santo Instituto persecuciones, traiciones, y desprecios de algunos; pero **si María está como se ve a favor de él**, ¿qué le harán todos sus enemigos? nada, nada, todos sus esfuerzos quedarán frustrados a la presencia de María. —Continuad, continuad, oh amadas Hermanas vuestro **rezo del Santo Rosario**, y estad ciertas de que si hasta ahora ha dado frutos admirables para la gloria de Dios y bien de las almas, más y más abundantes serán de hoy en adelante; si hasta ahora se ha extendido tan portentosamente, si sois verdaderas hijas de María y Esposas de su Hijo, este santo Instituto no cesará hasta ser extendido y dilatado por toda la tierra» (OC, p. 295).

* * *

2.- **Es una «Obra de Santo Domingo».**— Es evidente que el P. Coll otorga el protagonismo de la fundación, después del Señor y de Santa María del Rosario, a **Santo Domingo**.

Para él era un Santo conocido desde el infancia. A su pueblo acudían a predicar dominicos. En el artístico retablo de la Virgen del Rosario, en una capilla lateral de la iglesia parroquial estaba la imagen de Santo Domingo, de rodillas, recibiendo el Rosario de manos de María.

Una vez en Vic tuvo trato con los dominicos, alguno de los cuales daba clase de teología en el Seminario. Pero los conoció, sobre todo, en la iglesia conventual dedicada a Nuestra Señora del Rosario. Durante este tiempo se incrementó su conocimiento.

No hace falta decir que, ya novicio y estudiante en Gerona, la comunión con Santo Domingo fue constante, su aprecio se fundamentó mucho más, y la devoción hacia él pasó al centro de su mente y, sobre todo, de su corazón. En esta devoción se mantuvo siempre, y se esforzó grandemente por imitarlo y predicarlo.

Para adentrarse en el alma y en el significado eclesial de Santo Domingo tuvo, entre otros medios: la predicación que escuchaba, lecturas de sermones sobre él, biografías, algunas fuentes de primera hora. Las mismas Constituciones que profesó eran fiel reflejo, a veces literal, de muchos puntos de las primitivas que se elaboraron todavía en vida del Santo.

Es verdad que no se disponía en su tiempo, y menos todavía en las condiciones de «fraile exclaustro» en que le tocó vivir prácticamente la vida religiosa, de biografías como las que están a nuestro alcance —pensemos en la “Historia” del P. Vicaire—. Tampoco se disponía entonces de una edición, más o menos completa, de “Escritos que dejaron los contemporáneos” (vgr. el Beato Jordán de Sajonia, el Proceso de Canonización, Las “Narraciones” de Pedro Ferrando, Constantino de Orvieto, Humberto de Román, Gerardo de Frachet, Cecilia Romana...). Pero *existían biografías*, y él las tuvo y leyó, disponía del *Breviario* y *Misal* en rito dominicano, cuyos textos se remontaban al siglo XIII. Además, en las Obras de *Fray Luis de Granada* —de las que era tan asiduo lector— encontraba sermones sobre Santo Domingo, y hasta le acercaba este mismo autor a los “Modos de orar” más peculiares que solía emplear.

El P. Coll creció, sobre todo, en conocimiento y amor a Santo Domingo por el camino de la *oración* y del *seguimiento fiel del carisma dominicano*. De “perfecto imitador de Cristo y de Santo Domingo” lo calificaron personas de su entorno, y, en concreto, pertenecientes a la Congregación.

No es extraño, por tanto, que otorgara a **Santo Domingo** un papel como **fundador**, en concreto, de la **Congregación**. Lo hizo de manera muy elocuente en el ya mencionado *Prólogo* a la “Regla o forma de vivir de las Hermanas”, de 1863.

«Cada familia religiosa posee en herencia el espíritu de su Fundador, de él vive, y conserva merced a él a través de los tiempos la índole de comunidad doméstica, junto con el carácter propio, específico e indeleble, que la distingue de las otras familias religiosas». Si la hubiera tenido a mano, también el P. Coll hubiera insertado en el mencionado *Prólogo* esta reflexión, escrita en 1927. Es del mártir, Maestro de la Orden, *Beato Buenaventura García Paredes*, que visitó el sepulcro del P. Coll y fue animador de su proceso de canonización.

2.1.- San Francisco Coll asegura que la Congregación se **inserta dentro de la “Tercera Orden Dominicana”** y, más en concreto, de la *“Tercera Orden Regular o Religiosa”*. Comprobaba al comienzo mismo del “Prólogo” que tal grupo dominicano no era suficientemente apreciado, sencillamente porque **no se conocía de manera adecuada**. Éstas son sus palabras:

«No se hace el debido aprecio de la 3ª. Orden de mi Padre Santo Domingo, porque se ignora su antigua fundación, la aprobación, gracias y privilegios que han concedido los Romanos Pontífices a dicha 3ª. Orden, que tanto ha brillado en la Iglesia con el heroísmo de la santidad» (OC, p. 49).

2.2.- La Congregación forma *parte sustancial* del **“frondoso árbol” plantado por Santo Domingo**, que ha producido muchos frutos en la historia, y *dará muchos más en adelante* (OC, p. 53):

«¡Qué frutos más copiosos y abundantes ha producido este frondoso árbol hasta ahora! ¡Y qué frutos más hermosos y agradables a Jesús y a María, podemos esperar dará este mismo árbol, esto es, esta Tercera Orden de mi Padre Santo Domingo de hoy en adelante con la gracia del Señor!».

El “hoy”, que mira hacia el “futuro” señala, desde luego el comienzo, pero también la senda que está llamada a recorrer la Congregación.

El mencionado *Beato Paredes* también recurría a la imagen del “árbol” y a los “frutos”, en una reflexión de gran interés:

«Aunque por las circunstancias de los tiempos, o por las especiales condiciones de los muchos y diversos ministerios que, conforme al espíritu del Fundador, ejercen en bien del prójimo, no todas nuestras Hermanas Dominicas estén bajo la jurisdicción inmediata de la Orden, ni en su propio gobierno dependan del Maestro General, debe, sin embargo, subsistir y conservarse íntegra, por ser una sola la Orden, **la unidad sustancial de todas las ramas del árbol dominicano**. *Somos efectivamente hijas e hijas de un Padre común*. Nos congratulamos de esta filiación espiritual, y queremos transmitirla, como sagrada herencia paterna, a todos los que en pos de nosotros han de recibir el espíritu apostólico y lo han de difundir a su vez con producción de ubérrimos frutos».

2.3.- La *«esperanza»* de que estas ramas renovadas del árbol dominicano producirán muchos frutos en adelante tiene, como le corresponde a la “esperanza virtud teologal”, el *firmísimo apoyo* de la «omnipotencia divina». Pero el *poder de Dios* estimaba el P. Coll que se manifestaba de manera visible, tangible, comprobable incluso por la vía de la «racionalidad»:

«¿Dónde se fundan, pensará alguno, estas esperanzas! En las *ramas* y *flores* que *nuevamente ha producido este árbol*, esto es, esta Tercera Orden. Ramas y flores en su nacimiento aborrecidas, despreciadas y perseguidas hasta de los mismos que debían cubrirlas para defenderlas del frío, acogerlas para que no fuesen pisadas de las bestias, y alimentarlas para que no muriesen de hambre» (OC, p. 53).

La acción de Dios, por la **mediación intercesora de Santo Domingo**, aparece *visible en la trayectoria de la Congregación* que, a pesar de la contradicción, falta de aprecio y hasta persecución, se presenta en 1863 como una **realidad renovada y renovadora** dentro de la Familia dominicana. La Congregación, para continuar con la imagen que utiliza aquí el P. Coll, es una nueva **ramificación y floración del secular árbol de la Orden de Predicadores**.

Volvamos de nuevo a dar la palabra al *Beato Paredes*, que en este orden de cosas tenía como *realidad más conocida la Congregación de la Anunciata*. Es seguro que predicó ejercicios espirituales a la comunidad de Oviedo, tal como dejó consignado en la Crónica de aquel colegio su Directora, la Sierva de Dios Dominga Benito:

«La gran variedad de Congregaciones e Institutos existentes en la Orden no quebranta en modo alguno esta unidad de origen, *ni altera la naturaleza o cualidad de la sangre*, ni destruye lo que a toda la familia tomada en conjunto conviene, ni impide que se conserven íntegros los vínculos de obsequio filial a la suprema Cabeza de la gran familia dominicana. Esa **sangre única que fluye por las venas de todo el cuerpo de la Orden**, llevando consigo por todo él oleadas de vida espiritual y religiosa, es en realidad aquel **espíritu inagotable y siempre vivificante de nuestro Padre Santo Domingo**. Cuantos se tienen por hijos de Santo Domingo es preciso que adquieran conciencia plena de su filiación dominicana, de tal manera que todos los miembros y todas las ramas de la Orden estén **unidos por una sincera fraternidad** y que se mantenga la sujeción, a lo menos moral, de todos ellos a la suprema autoridad del Maestro General de la Orden, como a legítimo sucesor de N. P. Santo Domingo».

2.4.- San Francisco Coll estimaba que **Santo Domingo** había puesto una **acción personal, directa**, en el *nacimiento* de la Congregación, y continuaba *en el tiempo* actuando y apoyando su «Obra».

«Pero dicho árbol, regado con el sudor de su admirable plantador, mi Padre Santo Domingo, ha hecho que fuesen unas flores frescas y hermosas, y que diesen las más ciertas esperanzas de dar a su debido tiempo los más abundantes y copiosos frutos» (OC, p. 53).

La Congregación tiene un **«admirable plantador»** —lo repetirá—, que riega el árbol en su conjunto hasta con su «sudor», es decir, está *implicado* con toda su persona, desde lo más íntimo de su persona. «Pone de lo suyo», y no de lo que le rodea. El resultado, dice el P. Coll, ahí está: unas flores todo lo contrario que marchitas; unas flores en verdad *hermosas*, que darán los más copiosos frutos. Un poquito más adelante precisará en qué consiste el «sudor» con que las regaba Santo Domingo: era el de sus **virtudes**, que constituyen la raíz de sus «méritos»

ante Dios. Puso hasta el «sudor de su sangre», es decir, *implicó toda su vida en esta nueva realidad*.

2.5.- El P. Coll recibió «**licencia**» para **colaborar** en la *ramificación y floración del árbol de Santo Domingo*. Para trabajar en este «campo sagrado» necesitaba un «mandato», un «envío». Tal mandato se lo dio el Obispo de Vic (OC, p. 53). Por las condiciones de la exclaustación en España, los *religiosos* dependían de los *Prelados diocesanos*, en virtud de facultades que periódicamente les otorgaba la Santa Sede. Por tanto, sabía bien el P. Coll que a él tocaba recurrir. Aunque recurrió también a sus *Superiores religiosos* que se hallaban, como él, en condición de exclaustados (P. Juan Genís, y Provincial de Aragón). Por tanto, no se introdujo en este ámbito de fundación por propia decisión y autoridad.

2.6.- **Santo Domingo transmite «de lo suyo» a esta “Obra suya”**, es decir, la *identidad y misión que recibió de Dios a través de la Iglesia*. Así lo aclara San Francisco Coll cuando escribe, explicitando la «licencia» que recibe de la Iglesia:

«Para que *trabajase en cultivar dichas ramas y flores*, con el fin de que diesen y esparciesen sus olores de la *verdadera doctrina*, enseñándola por las poblaciones grandes y pequeñas *con sus palabras y ejemplos*. Esas ramas y flores, esto es, esas Hermanas tan despreciadas, aborrecidas y hasta perseguidas de algunos, son las que regadas con el mérito de las virtudes de mi Padre Santo Domingo, adquiridas hasta con el sudor de su sangre, están dando los más copiosos frutos en los muchos establecimientos de enseñanza que están dirigiendo, después de haberse sujetado a los rigurosos exámenes y oposiciones según las leyes vigentes de Instrucción pública.

«Esas Hermanas, flores del árbol plantado por mi Padre Santo Domingo, son las que a pesar de ser aborrecidas, murmuradas, despreciadas, y perseguidas, pero amparadas, consoladas, y dirigidas visiblemente por la Divina Providencia, se han extendido portentosamente en tan corto espacio por los obispados de Vich, de Gerona, de Lérida, de la Seo de Urgel y de Barcelona y el Arzobispado de Tarragona; de modo que son ya 36 los establecimientos, llegando hasta a confiarse el encargo de examinadora de Maestras de la Provincia de Lérida a la Hermana, que tan perfectamente dirige el Colegio establecido en la ciudad de Lérida» (OC, pp. 53-54).

Entiende el P. Coll que la *misión específica* de estas «ramas nuevas» del «árbol centenario» es *doctrinal*. La de ofrecer la doctrina de la verdad. Su servicio es el de la *caridad de la verdad*. Lo realizarán en núcleos poblados, o menos poblados, testimoniando la verdad con la *palabra* y la *vida*. Esta misión doctrinal, y esta vida ajustada a la verdadera doctrina no se improvisa, sino que pide una *formación de las Hermanas*. El P. Coll alude aquí a una parte de la misma, que se realiza con toda exactitud: la que se refiere a los contenidos de formación recogidos en los programas ordenados a *los exámenes y oposiciones que exigía la Ley vigente* de Instrucción pública en España (*Ley Moyano*).

2.7.- La Congregación tiene como un «desafío» fundamental el de **imitar a Santo Domingo, por cuyos méritos y hasta “actividad” se ha dado al mundo esta Obra**. Con una buena preparación de mente y corazón las Hermanas están llamadas a salir «como brillantes estrellas, a imitación de su Padre Santo Domingo, para iluminar con su doctrina a las innumerables pobrecitas niñas, que van caminando entre las tinieblas más espesas de la ignorancia y en medio de los más horrosos escándalos [...].

«Dad, ¡oh benditas Hermanas! las más afectuosas gracias al Padre de las Misericordias, el cual por su infinita piedad y clemencia se ha dignado, no sólo sacaros de un mundo tan corrompido y perdido, y ponerlos dentro del lugar de refugio, sí que también *valerse de vosotras para ayudarle a salvar las almas redimidas con su preciosa sangre, por medio de la enseñanza y buena educación* [...].

«Y no contentas de esto, os esforzaseis, con la *enseñanza*, con la *educación*, con buenos *ejemplos* y fervorosas *oraciones*, a que todo el mundo *conociese, adorase, y amase a Jesús y a María, tan dignos de ser amados*» (OC, pp. 55-56).

2.8.- El P. Coll creía que lo que **hizo Santo Domingo en su tiempo, ilumina el quehacer** de la Congregación en la historia.

Quiso colocar un capítulo especial a la cabecera la «Regla o forma de vivir». Bien es sabido que a esta *Regla* dedicó tiempo, del día y de la noche, oración, penitencia, y que quiso firmarla sobre el altar, ante el Santísimo expuesto, en la iglesita de la Casa Madre primitiva, en Calle Capuchinos. En el primer capítulo se recoge una «teología de la historia» de inspiración agustiniana, que al P. Coll le ayudaba a *insertar plenamente la Congregación* en el marco de la providencia del Señor orientada a la salvación del mundo.

Recordaba diversos momentos de dificultad en la historia de la Iglesia, inmersa en el mundo: los comienzos del siglo V, con el *pelagianismo*, la época del *luteranismo* en el siglo XVI, el siglo XIII con el movimiento *cátaro o albigense*. Estos diferentes momentos de dificultad en la vida de la Iglesia a lo largo del tiempo experimentaron, igualmente, una particular *asistencia de la providencia*: el Señor suscitó a *San Agustín*, contra el pelagianismo; a *San Ignacio de Loyola* y la *Compañía de Jesús* contra el protestantismo; a *San Francisco* y *Santo Domingo* contra los cátaros o albigenses.

Toda esta «evocación histórica» tenía en su mente una finalidad bien concreta: **iluminar la “identidad” y “misión” de la Congregación en el mundo contemporáneo**. Si el marco que utiliza para hacer una “teología de la historia” lo toma, en concreto, del *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* (Alonso Rodríguez), esta parte, sin embargo, es “plenamente suya”, *original, reflejo de sus convicciones, anhelo de su espíritu apostólico*, del que quería contagiar a las Hermanas, de parte de Dios, de María y de Santo Domingo.

Su experiencia personal, fraguada de múltiples modos, especialmente en la oración, el estudio, la observación y trato personal en diferentes lugares que recorría le llevó a valorar su tiempo como *especialmente difícil*. Para él, sin embargo, no era una época digna de abandonarse a su suerte, sino merecedora de

un trabajo, de una “siembra evangélica”, en *apoyo* y bajo la *inspiración* del **Sembrador** y **Dueño** del campo redimido con su sangre. —¿Qué síntomas de alarma detectaba él? —Sin duda los propios del *movimiento Ilustrado*. La *Ilustración* presentó un reto frontal al cristianismo como tal, y esto en la vertiente *dogmática* y en la *moral*. En cuanto a las verdades a creer y en cuanto a la conducta a desarrollar.

«Habiendo **desaparecido aquella sana y perfecta moral** que habían plantado nuestros antiguos y celosos padres, y despreciado la mayor parte de los hombres, no una que otra verdad de la religión Santa, sino **despreciándolas casi todas**, ha elegido Dios nuestro Señor sujetos ignorantes y flacos, para confundir a los sabios y fuertes, esto es, ha suscitado a unas pobrecitas doncellas, las cuales **siguiendo el ejemplo de nuestro Padre y Patriarca Santo Domingo**, van por las poblaciones grandes y pequeñas enseñando a todos la santa doctrina, pero con especialidad a las tiernas doncellas.

«¡Qué felicidad! ¡Qué dicha es la vuestra, oh amadas Hermanas, ser **elegidas** del mismo Dios para **ayudarle** a salvar las almas por medio de la **santa y saludable doctrina** que enseñaréis a las tiernas niñas!» (OC, p. 58).

A juicio del P. Coll, y puede insistirse en que **en todo esto es original**, y que por medio de estas palabras manifiesta su **profunda convicción**, la «moral» plantada por «nuestros antiguos y celosos Padres» había desaparecido. Se entiende en aquel mundo **Ilustrado y Liberal decimonónico**, se entiende que en unas zonas más que en otras. Por “nuestros antiguos y celosos Padres” parece referirse, por la mención inmediata que hace, a Santo Domingo y San Francisco. Pero seguro que extendía su afirmación a la Patrística, a la Teología, sobre todo a Santo Tomás, a la Espiritualidad, de manera especial a San Alfonso María de Liguorio, que tanto citará en los capítulos siguientes.

También en la opinión del P. Coll no quedaba mejor parada la «dogmática». Se despreciaban no sólo *algunas verdades de fe*, sino *casi todas*.

Frente a un semejante combate colocaba a la Congregación: *Ha elegido Dios nuestro Señor sujetos ignorantes y flacos, para confundir a los sabios y fuertes, esto es, ha suscitado a unas pobrecitas doncellas, las cuales siguiendo el ejemplo de nuestro Padre y Patriarca Santo Domingo, van por las poblaciones grandes y pequeñas enseñando a todos la santa doctrina.*

* * *

SEGUNDA PARTE

3.- Santo Domingo “ilumina” y “conforta” en el caminar de la Congregación.

Esta toma de posición firme que manifiesta San Francisco Coll, la imitación que propone y el acercamiento que procura de la figura de Santo Domingo a la Congregación, invita a “**dirigir hacia él la mirada**” —“Mira a la navecilla de tu Padre Domingo”, decía el Verbo Eterno a Santa Catalina. Hacia esta “navecilla”

dirigía el P. Coll su mirada, y en la misma dirección invitaba a sus Hermanas a fijar la vista. A Santo Domingo que, también según la Doctora Senense dispuso su Orden de manera perfecta, quiso que todos los integrantes procuraran el honor de Dios y la salvación del prójimo con la “luz de la ciencia”.

* * *

Aspectos fundamentales que se advierten en Santo Domingo:

3.1.- La «*contemplación, el amor a Cristo, la familiaridad y confianza con él*». Todo esto se halla en el *centro de los afanes de Santo Domingo*. De todo ello, asimismo, puede verificarse un reflejo en San Francisco Coll, «Perfecto imitador de Santo Domingo».

a.- *Testimonio de Jordán de Sajonia*: —Una vez *canonizado Santo Domingo* su gran conocedor y seguidor, el Beato Jordán compuso una *Oración* en forma de diálogo con el Santo. Es la oración que comienza con estas invocaciones: «Sacerdote santísimo de Dios, confesor excelso y predicador egregio». En ella se dice que se daba un gran motivo de esperanza para invocarlo como *intercesor*. Tal motivo se fundamenta en la “familiaridad que tiene con Cristo Salvador”. Afirma el sucesor inmediato de Santo Domingo al frente de la Orden: «***Porque ante él consigues lo que quieres***», y añade todavía:

«Espero plenamente de la sin medida familiaridad
con tu dilectísimo y elegido entre mil, Jesucristo,
que no te lo negará,
sino que, ante el mismo Señor y amigo tuyo,
obtendrás lo que quieras.
¿Qué podrá el tan amado negar a su amado?
¿Qué no dará a aquél que, pospuestas todas las cosas,
se dio a sí mismo por completo y se lo entregó todo?».

b.- *Testimonio de Constantino de Orvieto*.— La «comunión y familiaridad con Cristo» fue fraguándose a lo largo de la vida. Llegó a afirmar que “todo lo que pedía al Señor se lo concedía”.

Así lo trasmite *Constantino de Orvieto*, que escribió una *Narración* sobre Santo Domingo para las celebraciones litúrgicas y para repararla periódicamente. Este autor escribió por encargo del Maestro de la Orden, y su escrito fue aprobado por un capítulo general. Refería, pues, que un prior Cisterciense, después obispo de Alatri, pasó por Bolonia en 1220, con motivo de una legación que le confió Honorio III a Alemania. En Bolonia hizo una visita a su gran amigo Domingo.

«En tal circunstancia se encontraba en Bolonia un maestro llamado *Conrado el Teutónico*, cuyo ingreso en la orden deseaban los frailes, movidos por su admiración hacia él. El hombre de Dios Domingo, en la vigilia de la Asunción de Santa María, tuvo una conversación privada y portadora de consuelo sobre las cosas de Dios y la dulzura de la vida celestial, con el entonces mencionado prior, a quien amaba con amor de intimidad. En confidencia de amigo y según lo exigía

el asunto, le dijo: —“Te confieso a ti prior, lo que no he expuesto todavía a nadie, ni revelarás tú a otro mientras yo viva. Que aún no he pedido a Dios nada en esta vida, que no me lo haya otorgado según mi deseo”.

«Él, en verdad, grandemente admirado, y sabedor del deseo que tenían los frailes de la *conversión* del sobredicho maestro Conrado el Teutónico, se dirigió a él en tono de confianza: —“Pide, pues, Padre, que te dé al maestro Conrado para la orden, cuyo ingreso se ve que desean tan ardientemente los frailes”. Le respondió: —“Buen hermano, una cosa difícil has pedido. Sin embargo, si quisieras durante esta noche perseverar conmigo en oración, confío en el Señor que no nos defraudará en nuestra súplica”. Terminadas, pues, las completas, mientras los frailes se retiraban a descansar, el hombre de Dios Domingo permaneció en la iglesia, a la vista, y presente también allí el señalado prior. Pasó la noche, según costumbre, en oración.

«Cantados con solemnidad los maitines de una fiesta tan señalada, al amanecer se congregaron los hermanos para la hora de prima, y comenzó el cantor el himno, «*Iam lucis orto sidere, nacido ya el astro de la luz*». He aquí que, en verdad, un nuevo y futuro astro de luz, el maestro Conrado, llegó en el mismo instante y se postró a los pies del bienaventurado Padre Domingo. Le pidió el hábito de la orden con insistencia, y lo recibió con el propósito de perseverar, introduciéndose al punto en la comunidad de los hermanos. Dios omnipotente reveló que la anterior afirmación, y subsiguiente oración de su siervo Domingo, *no se vieron nunca vacías de resultados*».

c.- *Verificación del amor y familiaridad con Cristo en los «Nueve Modos de Orar»*. —El texto de esta obrita refleja la “comunidad” que mantenía Santo Domingo con el “misterio de Cristo”, expresión de su “amor por encima de todo”. En la consideración de esta obra testimonial de los «Modos de orar» encontraba apoyo *Fray Luis de Granda* («Memorial de la vida cristiana»), para asegurar que la contemplación del misterio de Cristo conducía a Santo Domingo a descubrir el *tesoro del amor de Dios* volcado totalmente hacia la humanidad. Entendía que la plegaria de Domingo es modelo de «perfecta oración y contemplación».

Fray Luis comentaba aquel texto del siglo XIII con su maravillosa prosa del siglo XVI. Así presentaba a Domingo orando “profundamente inclinado” ante el *altar*, que es *figura de Cristo*. Se “postraba también del todo en tierra”, «de largo a largo», imitando la oración de Jesús en el *Huerto de los Olivos*. Oraba “en pie” y “disciplinándose” con una cadena de hierro, “hincándose muchas veces de rodillas”, o *hablando con solo el corazón y gran silencio*. Lo sorprendían sus contemporáneos igualmente “en pie *ante el altar*”, con las “manos levantadas” y un poco “extendidas a modo de libro abierto”, meditando las Palabras divinas, o poniendo los “brazos *en cruz*”, como *oró el Salvador cuando estaba crucificado*. Con las “manos extendidas y derechas al cielo”, en forma de *saeta que sube a lo alto de un arco flechado*. Oraba, en fin, “recogido en la celda” o en un lugar solitario, con un “libro abierto ante sí”, *pareciéndole que le hablaba Dios en aquel libro, y que él oía sus palabras atentamente*. Oraba en su “caminar”, aún más, *siempre iba dentro de sí orando y meditando*.

«Fue, en verdad, un “ángel de la tierra” y “un hombre del cielo”, que de tal manera tenía los ojos puestos en Dios, que ni la gobernación de toda su orden, ni el estudio de las letras, ni las ocupaciones de predicar, y confesar, y disputar con herejes, y andar caminos, y acudir a tantas maneras de negocios como estaban a su cargo, impedían aquella unión de su beatísimo espíritu con Dios»¹. En él la vida activa y la contemplativa fueron una misma y única cosa, sin que la una perjudicara a la otra, sino que se ayudaban mutuamente, *porque el ejercicio de las buenas obras hacía su oración más eficaz, y la devoción que sacaba de la oración, le hacía más pronto en el bien obrar*».

d.- *Testimonio del Beato Angélico. En su pintura, y partiendo del texto de los «Modos de Orar», presenta a Santo Domingo, centrado en la contemplación del misterio de Cristo.*

Con la unción religiosa que caracteriza toda su obra pictórica representó de múltiples maneras a Santo Domingo en oración. Por ejemplo, *de rodillas y abrazado a la cruz*. Del “árbol de la cruz” desciende siempre *sangre* en abundancia, que empapa la tierra. Es la “sangre redentora” de Cristo. A veces un chorro brota con fuerza del costado herido por la lanza del soldado.

Se contempla igualmente a Santo Domingo *completamente postrado en tierra*, con los brazos abiertos y apoyando su rostro en la *roca bañada en sangre que sostiene la cruz*. Se le halla en otras ocasiones, también con los brazos extendidos y en pie, *mirando fijamente al crucifijo*. La *cruz*, que soporta el peso del cuerpo inmolado de Cristo, es *continuo referente en su oración*. Junto a ella aparece extático con los brazos extendidos, o flagelándose la espalda desnuda con una cadena de hierro. También de rodillas, cubriéndose la cara con una mano y sosteniendo un libro en la otra, o sentado con un códice abierto sobre sus rodillas, junto a Cristo que ocupa un *trono de burla, coronado de espinas, escupido, abofeteado y maltratado*.

Santo Domingo está a veces *de pie*, con los brazos muy extendidos, *inmerso en la escena del Calvario*, o también *de rodillas* en el mismo lugar, con los brazos ligeramente extendidos, o *de rodillas y con las manos juntas mirando fijamente a Cristo*, cuyo costado es traspasado por una lanza. También con las manos juntas *contemplando la escena de la Anunciación del ángel a María*, o con los ojos fijos y *conteniendo la respiración ante la cruz*, en la celda n. 25 del convento de San Marcos, o ante la escena del *descendimiento de de la cruz*, o ante el *misterio de la Ascensión*.

Se le advierte, del mismo modo, con las manos entrelazadas sobre el pecho y de rodillas, detrás del *ángel que anuncia la Resurrección*, en la celda n. 8. Con los brazos ligeramente abiertos y de rodillas ante el misterio de la *Coronación de María en los cielos*, o elevado un poco del suelo y mandando al joven Napoleón que vuelva a la vida...

No debe olvidarse que el Beato Angélico, como san Antonino o Savonarola, pertenecieron a una *congregación de observancia*, movimiento que impulsaba una intensa *vuelta a Santo Domingo*, como abogado e inspirador de

¹ *Obras Completas*, t. V, p. 34.

una vida auténtica *evangélica*, con claro empeño por convertir la orden dominicana en un «jardín muy amado con dilección» en medio de la Iglesia, al decir de santa Catalina, mentora de tal movimiento².

* * *

De todo lo expuesto en este apartado se deduce que, desde las convicciones de fe que animaban a San Francisco Coll, Santo Domingo, alienta a esta Congregación que se ramifica y florece en su árbol secular. Por tanto, la impulsa a centrarse en la contemplación del misterio de Cristo con la mente y el corazón, a descubrir en él el tesoro de amor inagotable y misericordioso, a colocar en él una confianza total en bien de las personas y de la Congregación en su conjunto, a procurarse espacios que faciliten la familiaridad con Cristo, a mantenerse en la meditación y gratitud por su misterio redentor, desde la Encarnación a la Glorificación.

La Congregación recibe una gozosa invitación a volver frecuentemente la mirada a Santo Domingo para conocerlo mejor, a confiar en él como intercesor poderosísimo ante Dios, e intercesor para todo, también para el incremento y expansión de la Comunidad Anunciatista. Muchos otros «Maestros Conrados» podrán «convertirse» a la Orden y a la Congregación como fruto de la oración al estilo de la que hacía Santo Domingo.

* * *

3.2.- «Cristo Palabra», alimento del que no puede prescindirse en la Congregación, a la luz del “testimonio” y el “magisterio” de Santo Domingo.

a.- *Relato del Beato Jordán.*— Ya para los años de sus estudios en Palencia asegura el Beato Jordán que Santo Domingo estaba centrado en la «Palabra», en la Revelación, en la Sagrada Escritura. Es verdad que en aquel centro de estudios se estima que transcurrió primero *seis años* dedicado a lo que puede llamarse la «filosofía», las ciencias que puede alcanzar y cultivar por sí misma la razón humana. Pero su objetivo, su «vocación» estaba en la *Teología*, que tiene como parte *medular* la *Sagrada Escritura*. A esta *ciencia sapiencial* dedicó los últimos *cuatro años* de estancia en Palencia. Se encuentran estos textos en la obra de Jordán, *Orígenes de la Orden de Predicadores*:

² Santo Domingo fundó su orden «toda amplia, toda alegre y agradable, toda odorífera: un jardín muy amado con dilección». *Il Dialogo della divina provvidenza*, ed. G. Cavallini, CLVIII, Siena 1995, pp. 541-542.

«6. Fue enviado después a Palencia para que se formara en las artes liberales, cuyo estudio se encontraba allí en auge por la época. Una vez que en su opinión las tuvo suficientemente asimiladas, abandonó dichos estudios, como si *temiera ocupar en cosas menos útiles la brevedad de la vida*. Corrió con presteza al estudio de la teología, y comenzó a llenarse de vehemente admiración en su entrega a la Sagrada Escritura³, mucho más dulce que la miel para su paladar [Sal 118,103].

«7. En estos estudios sagrados *pasó cuatro años*, durante los cuales no salía de su *admiración al beber de manera tan incesante y con tanta avidéz en los arroyos de la Sagrada Escritura*, de modo que por la infatigable ansia de aprender, pasaba las noches casi sin dormir. La *verdad* que entraba por sus oídos, depositada en el seno profundo de la mente, la retenía en su tenaz memoria. Estas cosas, captadas con facilidad, las regaba con los piadosos afectos de su ingenio, y *de todo ello germinaban obras de salvación*. Dichoso ciertamente por ello, según la sentencia de la Verdad, que afirma en el Evangelio: “Bienaventurados los que *escuchan* la palabra de Dios y la *cumplen*” [Lc 11,28].

«En efecto, hay dos modos de guardar la Palabra de Dios: uno, reteniendo en la *memoria* cuanto hemos percibido por el oído; otro, por el contrario, *traduciendo en hechos* y haciendo patente mediante las *obras* cuanto hemos escuchado. A nadie se le oculta cuál de las dos maneras de guardar la Palabra de Dios sea más recomendable. Del mismo modo que el grano de trigo se conserva mejor *sembrado* en la tierra, que *almacenado* en el arca [Jn 11,24].

«Este dichoso siervo de Dios no descuidaba ninguno de los dos modos. Su *memoria*, como un *prontuario* [resumen] *de la verdad de Dios*, le ofrecía abundantes recursos para pasar de una cosa a otra; mientras que *sus costumbres* y *obras* traslucían con toda claridad hacia *fuera* cuanto guardaba en el *santuario del corazón*. Porque abrazó los mandamientos del Señor con amor tan ferviente, y escuchó la voz del Esposo con verdadera devoción y buena voluntad, el Dios de las ciencias [1 R 2,3] le acrecentó la gracia, a fin de hacerlo idóneo, no sólo para beber leche [1 Co 3,2], sino para penetrar en el arcano de las cuestiones más difíciles con la humildad de su inteligencia y corazón, y asimilar con mucha facilidad las indagaciones centradas en alimentos más sólidos».

b.- *Testimonio del Proceso de Canonización.*— *Fray Juan de España*, testigo n. 5 en el Proceso de Bolonia, afirmaba ante el tribunal nombrado por el Papa Gregorio IX:

«5.- Fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los hermanos de la orden, con su palabra y por medio de cartas *para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento*. Esto lo sabe porque se lo escuchó decir, y vio sus cartas. Dijo también que *llevaba siempre consigo el evangelio de san Mateo y las cartas de san Pablo*. Estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que los sabía casi de memoria». Juan de España era un

³ Utiliza la expresión, «divinis eloquiis», *divinos coloquios*, que en el Código de Justiniano equivale a «Sagrada Escritura».

testigo «de vista». Entró en la orden en contacto con Santo Domingo, y continuó tratándolo hasta su muerte. Recogió, tanto el ejemplo de Santo Domingo, como su magisterio sobre el estudio de la Palabra, en el *Antiguo y Nuevo Testamento*.

c.- *Testimonios de los «Nueve Modos de Orar»*.— En el «Quinto Modo» de orar se presenta a Santo Domingo “**repasando con el corazón**” la Palabra de Dios. No tiene la Biblia visiblemente delante, pero la “lee” en su interior. Las manos abiertas ante el pecho venían a ser como un “libro abierto”:

«Algunas veces el Padre Santo Domingo, estando en el convento, permanecía en pie, erguido ante el altar; mantenía su cuerpo derecho sobre los pies, sin apoyarse ni ayudarse de cosa alguna. A veces tenía **las manos extendidas ante el pecho, a modo de libro abierto**.

«Así se mantenía con mucha reverencia y devoción, **como si leyera ante el Señor**. En la oración *se le veía meditar la Palabra de Dios*, y como si la **relatara dulcemente para sí mismo**.

«Le servía de ejemplo aquel gesto del Señor, que se lee en el Evangelio según san Lucas, a saber: *Que entró Jesús según su costumbre*, es decir, en sábado, *en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura* [Lc 4, 16]. Y también se dice en el salmo: *Finés se levantó, y oró, y la plaga cesó* [Sal 105, 30].

«A veces juntaba las manos a la altura de los ojos, entrelazándolas fuertemente y *entrechocándolas*, como urgiéndose a sí mismo. Elevaba también las manos hasta los hombros, tal como hace el sacerdote cuando celebra la misa, **como si quisiera fijar el oído para percibir con más atención algo que se le dijera desde lo alto**.

«Si hubieras visto la devoción con que oraba en pie, te hubiera parecido que contemplabas a un *profeta* que, con un *ángel* o con *Dios*, **ora hablaba, ora escuchaba, ora meditaba en silencio sobre lo que le había sido revelado**.

«Si cuando iba de camino hurtaba al momento a escondidas algún tiempo para orar, su mente en vela continua, tendía al punto hacia el cielo. Y sábete que **lo hubieras escuchado hablar con mucha dulzura y delicadeza algunas consoladoras palabras de la médula y enjundia de la Sagrada Escritura**, que parecía que las hubiera sacado «de las fuentes del Salvador» [Is 12, 3].

Los frailes se animaban mucho con este ejemplo, al contemplar a su Padre y con más devoción se disponían perfectamente a orar con reverencia y asiduidad: *Como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, y como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores* [Sal 122,2]».

* * *

El «Octavo Modo de orar», lo presenta con el libro abierto ante sí, en lugar propicio para el **estudio contemplativo de la Palabra**. Hallaba en la Palabra un mensaje vivo de Dios, y a partir de su lectura se creaba un ámbito que propiciaba el **diálogo** en soledad, ayudaba a la interiorización, a manifestar admiración, gratitud, reverencia...

«El Padre santo Domingo tenía otro modo de orar, hermoso, devoto y grato. Tras la recitación de las horas canónicas, y después de la acción de gracias

que se hace en común por los alimentos recibidos, el mesurado y piadoso Padre, impulsado por la devoción que le había transmitido la Palabra de Dios cantada en el coro o en el refectorio, se iba pronto a estar solo en algún lugar, en la celda o en otra parte, para leer u orar, permaneciendo consigo o estando con Dios.

«Se sentaba tranquilamente y, hecha la señal protectora de la cruz, extendía ante sí algún códice, leía y se llenaba su mente de dulzura, *como si escuchara al Señor que le hablaba*, en conformidad con lo que se dice en el salmo: *Voy a escuchar lo que dice el Señor*, y lo demás [Sal 84, 9]. Y, como si debatiera con un acompañante, aparecía, ora impaciente, a juzgar por sus palabras y actitud, ora tranquilo a la escucha. Se le veía disputar y luchar, reír y llorar, fijar la mirada y bajarla, y de nuevo hablar bajo y darse golpes de pecho.

«Si algún curioso quisiera observarle a escondidas, el Padre santo Domingo se le hubiera asemejado a Moisés, que se adentró en el desierto, llegó al monte de Dios Horeb, contempló la zarza ardiendo, al Señor que le hablaba y él se humillaba [Gen 3, 1-6]. Pues este monte era el profético monte de Dios. —Al instante pasaba de la lección a la oración, de la oración a la meditación y de la meditación a la contemplación.

«A lo largo de esta lectura hecha en soledad, veneraba el libro, se inclinaba hacia él, y también lo besaba, en especial si era un códice del Evangelio, o si leía palabras que Cristo había pronunciado con su boca. A veces ocultaba el rostro y lo cubría con la capa, o escondía la cara entre sus manos, velándola un poco con la capucha. Lloraba lleno de congoja y de dolor; y también, como si agradeciera a un alto personaje los beneficios recibidos, se levantaba un poco con toda reverencia e inclinaba su cabeza. Plenamente rehecho y tranquilo, leía de nuevo en el libro».

* * *

d.- Reflexión sobre las Motivaciones que tenía Santo Domingo para apreciar la “Palabra” como algo fundamental e imprescindible, motivaciones que encuentran confirmación en la etapa contemporánea de la Iglesia.—

La “Palabra de Dios” entró en su vida con la iniciación cristiana y primera formación. Era parte esencial de la celebración litúrgica, marcaba la vida de aquella familia cristiana en que nace y va acompañando el ritmo de su crecimiento. Cuando se abre a la formación en las «letras» lo hace, como se estilaba entonces, con la Biblia y, en concreto, con el *Libro del Salterio*. Los escasos niños de su tiempo que aprendían a leer y a escribir lo hacían con los Salmos. En Palencia «bebió con avidez» en los arroyos de la Sagrada Escritura, como recogía el Beato Jordán. Le ayudarían los “Comentarios Bíblicos” que existían y, naturalmente, los Padres de la Iglesia, en particular San Agustín, San Jerónimo...

Este último transmitía convicciones que ha recogido el concilio Vaticano II en la constitución «*Dei Verbum*», sobre la divina revelación, una de cuyas expresiones se ha difundido por todos los medios y en todos los idiomas: «*Desconocer la Palabra es desconocer a Cristo*». Esta misma constitución aclara la unidad de ambos Testamentos, del Antiguo y del Nuevo. El Antiguo encubre el

Nuevo, y el Nuevo descubre el Antiguo (n. 16). Cristo está en el centro de la revelación. En el Antiguo se prepara su venida (n. 15), y en el Nuevo Cristo, Palabra hecha carne, culmina la revelación (n. 4).

Santo Domingo estaba en plena sintonía con cuanto el Vaticano II expone sobre la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (n. 21). La veneraba, celebraba en la liturgia, no cesaba de tomar de ella para repartirla. Sus “modos de orar con la Palabra”, que se han recordado, pueden encontrar un eco en la Exhortación Apostólica postsinodal «*Verbum Domini*» de Benedicto XVI, de 30 de septiembre de 2010:

«24. La Palabra divina nos introduce *a cada uno en el coloquio con el Señor*: el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con Él. Pensamos espontáneamente en el *Libro de los Salmos*, donde se ofrecen las palabras con que podemos dirigirnos a él, presentarle nuestra vida en coloquio ante él y transformar así la vida misma en un movimiento hacia él. En los Salmos, en efecto, encontramos toda la articulada gama de sentimientos que el hombre experimenta en su propia existencia y que son presentados con sabiduría ante Dios; aquí se encuentran expresiones de gozo y dolor, angustia y esperanza, temor y ansiedad.

«Además de los *Salmos*, hay también muchos otros textos de la Sagrada Escritura que hablan del hombre que se dirige a Dios mediante la oración de intercesión (cf. *Ex* 33,12-16), del canto de júbilo por la victoria (cf. *Ex* 15), o de lamento en el cumplimiento de la propia misión (cf. *Jr* 20,7-18). Así, la palabra que el hombre dirige a Dios se hace también Palabra de Dios, confirmando el *carácter dialogal de toda la revelación cristiana*, y toda la *existencia del hombre se convierte en un diálogo con Dios que habla y escucha, que llama y mueve nuestra vida*. La Palabra de Dios revela aquí que toda la existencia del hombre está bajo la llamada divina».

No es extraño, por otra parte, que Benedicto XVI, al tratar de los *Santos* con relación a la Palabra, *mencione a de Santo Domingo*:

«48. La interpretación de la Sagrada Escritura quedaría incompleta si no se estuviera también a la escucha *de quienes han vivido realmente la Palabra de Dios, es decir, los santos*. En efecto, «*viva lectio est vita bonorum*». Así, *la interpretación más profunda de la Escritura proviene precisamente de los que se han dejado plasmar por la Palabra de Dios a través de la escucha, la lectura y la meditación asidua*.

«Ciertamente, no es una casualidad que las grandes espiritualidades que han marcado la historia de la Iglesia hayan surgido de una *explícita referencia a la Escritura*. Pienso, por ejemplo, en san Antonio, Abad, movido por la escucha de aquellas palabras de Cristo: «Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo– y luego vente conmigo» (*Mt* 19,21). No es menos sugestivo san Basilio Magno, que se pregunta en su obra *Moralia*: —«¿Qué es propiamente la fe? Plena e indudable certeza de la verdad de las palabras inspiradas por Dios... —¿Qué es lo propio del fiel?

Conformarse con esa plena certeza al significado de las palabras de la Escritura, sin osar quitar o añadir lo más mínimo».

«San Benito se remite en su *Regla* a la Escritura, como «norma rectísima para la vida del hombre». San Francisco de Asís —escribe Tomás de Celano—, «al oír que los discípulos de Cristo no han de poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar alforja, ni pan, ni bastón en el camino; ni tener calzado, ni dos túnicas, exclamó inmediatamente, lleno de Espíritu Santo: —“¡Esto quiero, esto pido, esto ansío hacer de todo corazón!”». Santa Clara de Asís reproduce plenamente la experiencia de san Francisco: —«La forma de vida de la Orden de las Hermanas pobres... es ésta: “observar el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo”».

«Además, **Santo Domingo de Guzmán** «se manifestaba por doquier como un hombre evangélico, tanto en las palabras como en las obras», y así quiso que fueran también sus frailes predicadores, «hombres evangélicos».

Santa Teresa de Jesús, carmelita, que recurre continuamente en sus escritos a imágenes bíblicas para explicar su experiencia mística, recuerda que Jesús mismo le revela que «todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura». Santa Teresa del Niño Jesús encuentra el Amor como su vocación personal al escudriñar las Escrituras, en particular en los capítulos 12 y 13 de la *Primera carta a los Corintios*; esta misma santa describe el atractivo de las Escrituras: «En cuanto pongo la mirada en el Evangelio, respiro de inmediato los perfumes de la vida de Jesús y sé de qué parte correr».

«*Cada santo* es como *un rayo de luz que sale de la Palabra de Dios*. Así, pensemos también en san Ignacio de Loyola y su búsqueda de la verdad y en el discernimiento espiritual; en san Juan Bosco y su pasión por la educación de los jóvenes; en san Juan María Vianney y su conciencia de la grandeza del sacerdocio como don y tarea; en san Pío de Pietrelcina y su ser instrumento de la misericordia divina; en san Josemaría Escrivá y su predicación sobre la llamada universal a la santidad; en la beata Teresa de Calcuta, misionera de la caridad de Dios para con los últimos; y también en los mártires del nazismo y el comunismo, representados, por una parte por santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), monja carmelita, y, por otra, por el beato Luis Stepinac, cardenal arzobispo de Zagreb».

* * *

3.3.- «Cristo Eucaristía», en el centro de la espiritualidad de Santo Domingo.— Su plegaria personal, que realizaba de manera ininterrumpida, bien en las iglesias, conventos o monasterios, al igual que por los caminos, de día y de noche, era como un eco y una preparación para la plegaria litúrgica, cuyo núcleo esencial era la *celebración de la Misa*. Participaba en el Oficio diurno y nocturno; lo recitaba en los viajes; se levantaba al toque de maitines de los monasterios enclavados en las regiones que atravesaba; exhortaba a sus hermanos a salmodiar con atención y devoción.

Era su costumbre celebrar diariamente la Misa, también durante los viajes, siempre que encontrara iglesia adecuada para ello. El misterio que se representa en el altar se reproducía con tal intensidad en su persona que de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, expresión de gratitud, de su oración intercesora y expiatoria.

Lo aseguraban, invariablemente, los testigos en el Proceso de canonización de Bolonia. Así el prior Ventura de Verona, que decía: —«Cuando cantaba la Misa derramaba muchas lágrimas, como pudo comprobar el mismo testigo». Las lágrimas eran expresión muy peculiar de su corazón compasivo, heredado, al decir de Rodrigo de Cerrato, de su madre, la Beata Juana de Aza.

Fray Bonviso de Piacenza recordaba, igualmente, su celebración con lágrimas: «Cuando le ayudaba en la celebración de la Misa, se fijaba en su rostro, y veía correr las lágrimas por la cara, en tal abundancia, que una gota no daba espera a la otra; vio que le sucedía también esto en la recitación de los salmos».

Por su parte, fray Esteban de España precisaba que semejante compunción se apoderaba de él especialmente en el momento de la Plegaria eucarística: «Le vio celebrar la Misa en muchas ocasiones, y siempre, durante la plegaria del canon, observó que sus ojos y mejillas estaban bañados en lágrimas [...]. No recuerda haberle visto nunca celebrar sin derramar lágrimas».

Para facilitar la celebración de la Eucaristía, en su predicación itinerante, ante las multitudes que a veces no cabían en las iglesias, consiguió del Papa el llamado «*privilegio de altar portátil*»:

(Roma 5 de mayo de 1221)

KOUDELKA, MOPH, t. 25, pp. 163-164

«Ya que vosotros os encontráis con mucha frecuencia fuera de las ciudades y poblaciones, y no convenga que abandonéis los lugares en que os hallareis para ir donde hubiera convento de vuestra orden, con el fin de participar y celebrar los divinos oficios, nos habéis pedido licencia de altar portátil. Nos, pues, movidos a ello por vuestras súplicas, os lo concedemos sin perjuicio del derecho ajeno».

* * *

3.4.- «Seguid a Cristo, “tened trato celestial con Él”», es el mensaje y como «testamento» que Santo Domingo dejó a su orden.

La «contemplación» del misterio de Cristo, el acercamiento y meditación de «Cristo Palabra», la celebración y alimento de Cristo Eucaristía, conduce naturalmente al «*seguimiento de Cristo*». Por lo que transmitió Pedro Ferrando (entre 1236-1238) era la *exhortación que Domingo reiteraba una y otra vez* a sus hermanos y hermanas, y sin duda a los destinatarios de su misión apostólica. La *Narración* de Pedro Ferrando, con especial finalidad de cara a la liturgia, fue examinada y aprobada por un capítulo general. Este autor habla del «Testamento» que Santo Domingo dejó a su orden.

«[**Testamento de santo Domingo**]

50. Para que no pareciera que dejaba desheredados y como huérfanos a los hijos que el Señor le había dado, faltos de auxilio y consuelo de tan gran Padre,

cual correspondía a un pobre de Cristo, rico en la fe, coheredero del reino que Dios prometió a los que lo amaran, *hizo testamento*, no por cierto de riquezas terrenas, sino de *gracia*, no de muebles materiales, sino de *virtudes espirituales*, no de heredades de posesiones terrenas, sino de *trato celestial con Cristo*. En fin, de lo que *poseía*, tales cosas *legaba*.

«Dijo: —“Esto es, hermanos queridísimos, lo que os dejo en posesión como a hijos por derecho hereditario: tened caridad, perseverad en la humildad, poseed la pobreza voluntaria”⁴.

«¡Oh testamento de paz! testamento que *no debe borrarse* por olvido alguno, *ni mirarse con indiferencia*, *ni cambiarse* por medio de ordenanza alguna sobreañadida. Testamento —repito— hecho inviolable, no por la muerte del testador, sino por su *consecución de la vida inmortal*. Bienaventurado quien no lo mire con indiferencia, el que no lo menosprecie, el que no deseche el vestido incorruptible de la *caridad*, la fértil heredad de la *humildad*, el tesoro apetecible de la *pobreza* que un tal Padre le ha legado por transmisión.

«Que poseía estas virtudes el bienaventurado Domingo, no puede dudarlo quien conoció su modo de vida cuando todavía estaba en este mundo mortal. Cuán perfecto fue en la virtud, aunque enmudezca la lengua, lo proclaman los milagros que precedieron a su feliz tránsito, y le siguen también.

«Su misma gran confianza a la hora de la muerte le reconoce como justo, de modo que, con razón, es recordado con alabanza. A los frailes que soportaban a duras penas la muerte de tal Padre, les transmitió en confianza que no procedía entristecerse por su defunción, porque lo tendrían por mucho más útil después de la muerte. Estaba, en verdad, cierto de que sería tanto más poderoso para interceder en favor de la salvación de los suyos, cuanto hubiera entrado ya definitivamente en las potencias del Señor [Sal 70,16]».

De este Testamento se hallan ecos en toda la historia de la orden. Así, por ejemplo, el Beato Raimundo de Capua, tan cercano a Santa Catalina de Siena a la hora de introducir la reforma en la orden, verá en las *cláusulas del Testamento* las notas características de los verdaderos seguidores de Domingo:

—“Os exhorto por las entrañas de misericordia de nuestro Dios a que caminéis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fundados y enraizados en la caridad, y como auténticos pregoneros de la paz eterna seáis

⁴ Humberto de Románs, al ofrecer sugerencias para predicar sobre santo Domingo, recordaba que, como Tobías y David al final de la vida instruyeron a sus hijos, del mismo modo hizo nuestro Santo, y así dejó en testamento la caridad, la humildad y la pobreza, manifestando de este modo la paterna solicitud que tuvo para con su descendencia. Cf. TUGWELL (ed.), *Humberto de Romanis...*, p. 562. El Papa Gregorio IX dirigió una carta al capítulo general de 1233, en el momento de la traslación de los restos de santo Domingo. Animaba a los frailes a cumplir con su misión, y les recordaba precisamente la trilogía de virtudes que incluye el testamento. La *humildad* es el fundamento profundo y duradero de todas las virtudes. La *pobreza* voluntaria y auténtica debía asumirse con verdadero ánimo, no teniendo nada en común con el mundo. Debían estar poseídos siempre por la *caridad* sincera, con temor de Dios y desprecio del siglo. Recibirían así fuerzas para la batalla, y se verían libres para usar en tal lucha la mano derecha y la izquierda. Cf. TUGWELL (ed.), *Humberto de Romanis...*, pp. 602-603.

pacíficos, para que con razón seamos llamados hijos de Dios y de nuestro Padre Santo Domingo, tendiendo con tenacidad hacia la herencia de virtud que nos dejó en su santo Testamento el magnífico atleta Santo Domingo, diciendo: «Tened caridad, guardad la humildad, poseed la pobreza voluntaria». (Opusc. et Litterae, Roma 1895, pp. 86-87).

En este tiempo jubilar, que recuerda el comienzo de la evangelización dominicana de América (1510-2010), podría recordarse que *fray Pedro de Córdoba* murió antes de cumplir los 40 años de edad, exhortando a sus hermanos a cumplir el *Testamento de Santo Domingo*.

El «Testamento», tal como se enuncia en el título del presente apartado, se condensa en esta exhortación, y hasta puede decirse que “mandato”: **«Seguid a Cristo, “tened trato celestial con ÉL”».**

Cuando se examina la literatura espiritual de los siglos XII y XIII, se comprueba que los tratadistas de tales temas acostumbraban a describir “*al hombre de Dios*”, con una *triada de virtudes*, que se oponían directamente a la *triada de vicios*, característicos del “*hombre del mundo*”. —Toman esta descripción, al menos en parte, de la *I Carta de San Juan*, 2, 15-17, en que se ofrecen los *rasgos* del “hombre del mundo”:

«No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo —la *concupiscencia de la carne*, la *concupiscencia de los ojos* y la *jactancia de las riquezas*—, no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre».

A la luz de este texto, se interrogaban los teólogos y autores espirituales de la Edad Media: «Cuáles son los “rasgos” del “*hombre de Dios*”, o las características del “camino de Cristo”?». Porque la susodicha carta de san Juan no las ofrece explícitamente, como contrapartida a los rasgos del *hombre del mundo*, o del “camino del mundo”. Las respuestas eran diversas.

Haciendo un balance de los *autores espirituales* del siglo XII puede decirse de manera general, que definen al “*hombre del mundo*”, como el que se deja dominar por las tres concupiscencias que describe San Juan. El “hombre de Dios”, por el contrario, es el que combate contra ellas con *virtudes opuestas*, cuyos nombres varían a menudo de un autor a otro.

Para GUILLERMO DE AUXERRE, por ejemplo, las notas distintivas del “hombre de Dios”, son: *Templanza, Piedad y Humildad*.

Para PEDRO LOMBARDO: *Abstinencia, Desprecio del mundo, Desprecio de uno mismo*.

Los escritores espirituales del XIII se sirven con preferencia de otro vocabulario, más próximo al de los filósofos y gramáticos. Dirán que el “*hombre del mundo*”, es el que busca su felicidad en la *Riqueza*, el *Placer* y los *Honores*.

El “hombre de Dios”, es el que busca su felicidad en las virtudes que se les oponen. Estas virtudes *no son las mismas* en los diferentes autores. Pero sí coinciden muchos en la “trilogía” que presenta el Testamento de Santo Domingo: *Caridad*, *Humildad* y *Pobreza*. Frente a los *placeres* (tentación de amor engañoso): el verdadero amor de la Caridad. Frente al ansia de *honores*, la Humildad. Frente a la *ambición de las riquezas*, la Pobreza.

Para Santo Domingo la exhortación a la *Caridad*, la *Humildad* y la *Pobreza* era equivalente a *ir por el “camino de Cristo”*, a “*seguir a Cristo*”. Es lo que él personalmente hizo, y era lo que podía y quería “legar” a sus “herederos”.

* * *

3.5. El «anuncio de Cristo»: «Ve y Predica»

a.- *Etapas eminentemente “contemplativa” de Santo Domingo.*— La vida de Santo Domingo hasta 1206 bien puede decirse que tuvo una dimensión eminentemente «contemplativa». Rasgos de «contemplativo» destacan en sus ¡diez años! de *estudiante en Palencia* (hacia 1187-1196), y en los más o menos *nueve años* de residencia en el *cabildo de Osma* (1197-1205). Sobre su etapa de joven sacerdote en Osma escribía Jordán:

«12. Comenzó al punto a brillar entre los canónigos con resplandor extraordinario. Se consideraba el último por la humildad de corazón, pero era el primero en la santidad, hecho para todos perfume de vida que conduce a la vida [Sir 50,6], semejante al incienso que desprende su fragancia en los días de verano [Sir 50,8]. Se admiraban ante tan rápida y nunca vista cumbre de perfección y lo constituyeron subprior para que, colocado sobre más alta atalaya, resplandeciera a la vista de todos y a todos estimulara con su ejemplo⁵. Como *olivo floreciente de frutos* [Sal 51,10] y como *ciprés* que se alza hasta las nubes [Sir 50,11]⁶,

⁵ Años más tarde Humberto de Románs, al ofrecer materias predicables sobre santo Domingo, escribirá que su elevación al oficio de subprior llevaba anejo el encargo de dedicarse especialmente a los asuntos propiamente religiosos en el seno del cabildo. Cf. TUGWELL (ed.), *Humberto de Romanis...*, p. 561.

⁶ Parecía a fray Luis de Granada que con mucha razón competía a santo Domingo esta alabanza, aunque pudiera extrañar que confluyeran en una sola persona «propiedades de dos cosas tan distantes, como son el ciprés alto y estéril, y la oliva baja y fecunda. Mas sin duda lo uno y lo otro conviene a este bienaventurado Padre, pues como oliva fructuosa daba olio de misericordia para socorro de los prójimos, ocupándose en la vida activa, y como ciprés, que todo se va a lo alto, subía con movimientos de amor a los ejercicios de vida contemplativa. Y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de ciprés, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza, y del

*consumía los días y las noches en la iglesia, se entregaba sin interrupción a la plegaria y, como si quisiera recuperar el tiempo dedicado a la contemplación, apenas comparecía fuera de la cerca del monasterio*⁷. Dios le había otorgado la gracia singular de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos. Gestaba sus calamidades en lo íntimo del sagrario de su compasión, y el amor que le quemaba por dentro salía bullendo al exterior en forma de lágrimas⁸.

El *intensísimo celo* que aparecía ya en Santo Domingo en este tiempo se canalizaba por la “vía contemplativa”, por medio del apostolado característico de los “contemplativos”. Queda bien reflejado en la **oración** que entonces, y nada impide creer que también después, hacía frecuentemente. Se trata de una oración que podría “recuperar” la Familia dominicana. Era ésta:

«Dígnate, Señor, concederme la verdadera caridad, eficaz para cuidarme y procurar la salvación de los hombres. Estoy convencido de que sólo comenzaré a ser de verdad miembro de Cristo, cuando ponga todo mi empeño en desgastarme para ganar almas, según el modelo del Salvador de todos, el Señor Jesús, que se inmoló totalmente por nuestra salvación».

Que ésta era su oración se desprende del relato, tan cuidado, que ha dejado para las posteridad el Beato Jordán de Sajonia:

«13. Era costumbre [en Osma] muy frecuente en él pernoctar en oración. Cerrada la puerta oraba a su Padre [Mt 6,6]. Algunas veces mientras oraba solía prorrumpir en gemidos y voces que le salían de lo hondo del corazón, de modo que no podía contenerse y, emitiéndolos con fuerza, se oían claramente de lejos [Sal 37,9]. Hacía *frecuentemente a Dios una petición especial: que se dignara concederle la verdadera caridad, eficaz para cuidarse y procurar la salvación de los hombres. Estaba convencido de que sólo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo, cuando pusiera todo su empeño en desgastarse para ganar almas [1Co 9,19], según el modelo del Salvador de todos, el Señor Jesús, que se inmoló totalmente por nuestra salvación*⁹. Leyendo con aprecio

otro la alteza, dejada la esterilidad». *Memorial de la vida cristiana*, II, en *Obras Completas*, t. v, Madrid 1995, pp. 31-32.

⁷ Tarea principal de un canónigo regular era la celebración del culto divino, en meditación asidua de la Palabra de Dios. Llegaban a aprender de memoria muchos fragmentos de la misma. No es extraño, pues, que salmodiaran de memoria, sin valerse de libros corales para ello. Los cantorales les servían para recordar o ensayar antes el oficio. El antifonario o el gradual no se colocaban sobre el pupitre del coro hasta la segunda parte del siglo XIII. Cf. P.M. GY, *La cathédrale et la liturgie dans le Midi de la France*, en *Cahiers de Fanjeaux*, n. 30, Tolosa 1995, p. 223.

⁸ Las lágrimas y sollozos lo acompañaron con mucha frecuencia en su oración, pero sobre todo cuando celebraba el misterio del cuerpo y de la sangre del Señor.

⁹ He aquí, con toda seguridad, una oración *de* santo Domingo, recién ordenado sacerdote, que puede pasarse fácilmente a primera persona del singular: «Dígnate, Señor, concederme la

un libro titulado *Colaciones de los Padres*¹⁰, en que se trata de la materia referente a los vicios y a toda la perfección espiritual, se esforzó por buscar con sumo cuidado las sendas de la salvación y seguirlas con toda la fuerza de su alma. Este libro lo condujo, con la ayuda de la gracia, a una ardua pureza de conciencia, a mucha luz de contemplación, a la cumbre de la perfección».

b.- *Llamado a "nueva misión"*.— El paso por la ciudad de Tolosa en el otoño de 1203, camino de Dinamarca, le muestra un campo de acción apostólica directa, en el que se ocupó ya entonces por algunas horas. No lo pasó por alto el Beato Jordán:

«15. Cuando supo que los habitantes de la región [tolosana] eran herejes desde hacía ya algún tiempo, comenzó a desasosegarse, hondamente compadecido en su corazón, a causa de las innumerables almas tan miserablemente engañadas. En la misma noche en que fueron alojados en la mencionada ciudad [de Tolosa], el subprior [Domingo] mantuvo con calor y firmeza una larga disputa con el hospedero de la casa, que era hereje. No pudiendo el hereje resistir la sabiduría y espíritu con que hablaba [Hch 6,10] lo redujo a la fe con la ayuda de Espíritu divino».

El obispo Diego de Acebes y Domingo se encontraron en Tolosa con los *cátaros*. No quedaron indiferentes. Sabían que se trataba de un nuevo *maniqueísmo* que comenzó a extenderse por Europa a mediados del siglo XI, y halló en la región Narbonense una tierra especialmente propicia. Punto de partida de su teología era un *dualismo*, es decir, la confesión de la existencia de dos principios eternos de las cosas, uno *bueno* y otro *malo*. Del principio bueno procedía el mundo invisible, el de los espíritus y las almas. Del malo brotaba la materia, radicalmente mala, como malo era su creador. Parece que el catarismo de la región del Languedoc era de este tipo extremista. Al ser la materia obra de un artífice malo, debían proponerse como ideal liberar de ella el alma, librar el espíritu de su prisión corpórea.

verdadera caridad, eficaz para cuidarme y procurar la salvación de los hombres. Estoy convencido de que sólo comenzaré a ser de verdad miembro de Cristo, cuando ponga todo mi empeño en desgastarme para ganar almas, según el modelo del Salvador de todos, el Señor Jesús, que se inmoló totalmente por nuestra salvación». Humberto de Románs reflejaba la actitud de buenos religiosos que, por el amor a la vida contemplativa, descuidaban la salvación de sus prójimos, pero que no fue así en santo Domingo, sino que oraba al Señor para poder ser útil a las almas de los demás, y se entregó al apostolado, se entiende por la predicación, cuando llegó la oportunidad. Así echó las bases para que su orden fuera idónea perpetuamente para la salvación de todo el mundo. Cf. TUGWELL (ed.), *Humberto de Romanis...*, p. 561.

¹⁰ Se trata de la *Collationes*, o *Conferencias de los Padres*, de Juan Casiano, PL 49, 477-1328; JUAN CASIANO, *Colaciones*, Madrid, Rialp, 1958-1962, t. I-II, 510 + 496 pp. El abad de Marsella, Casiano (+ h. 435), tras entrar en contacto con el monacato oriental, escribió un verdadero tratado de perfección, que ha tenido enorme influjo en la historia de la espiritualidad. Cf. M. OLPHE GALLIARD, *Cassien, Jean*, en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*, t. II, Paris 1953, cols. 214-276. Esta consulta asidua y afecto por las obras de Casiano no resulta particularmente extraña para un canónigo regular del siglo XII. Cf. M.H.VICAIRE, *Les livres de saint Dominique*, en *Cahiers de Fanjeaux*, n. 31, Tolosa 1995, p. 15.

Para los *iniciados* era deber riguroso guardar castidad perpetua. Se rechazaba el matrimonio, porque se ordenaba a la procreación, y tendía a encerrar a las almas en la materia. Los adeptos a la secta cátara se denominaban *cristianos*; más aún, pretendían ser los verdaderos cristianos. Su corporación era la auténtica Iglesia de Dios. Por el contrario, la católica era sinagoga de Satanás. Los Apóstoles habían transmitido la enseñanza de Cristo a sus discípulos, que eran los Padres Apostólicos, en otras palabras, a su generación inmediata, que dejó escritos relativos a la fe y, siempre según ellos, fundaron las primeras iglesias cáteras. En realidad, los mismos católicos los consideraban cristianos, si bien *cristianos herejes*. Los ritos de los cáteros pretendían inspirarse en la liturgia de la Iglesia primitiva.

Estos y otros muchos temas pudieron salir en la conversación que mantuvo Domingo con el hospedero de Tolosa en la noche de su llegada a la ciudad. Impulsado por su formación teológica e intenso amor a Cristo no pudo entregarse al descanso nocturno. Empleó las primeras horas en la ciudad del Garona en disipar las tinieblas que envolvían el alma de aquella persona. Seguro que puso, junto con el calor y la firmeza, mucho amor en la disputa. El resultado fue que, llegada la mañana, el hospedero no pudo resistir por más tiempo la sabiduría y espíritu con que le hablaba. Anota Jordán que lo redujo a la fe, con la ayuda del Espíritu divino.

c.- *Comienza una “acción apostólica directa”*.— Identificado con la llamada que sentía el obispo Diego de llevar el Evangelio a tierras lejanas de *paganos* viajó con él a Roma. No pareció bien al Papa Inocencio III admitir la renuncia que le presentaba el obispo de Osma, para irse a evangelizar a los que todavía en Europa no habían recibido el anuncio de Cristo, pero el Señor iba a dirigirles de nuevo su llamada en el Sur de Francia, a su paso por la ciudad de Montpellier en marzo de 1206. El obispo Diego aconsejó a los legados del Papa, allí reunidos con otros Prelados, un nuevo «camino» de proponer el Evangelio. El informante autorizado continúa siendo Jordán:

«Recibieron al viajero [Diego de Acebes] con honor y le pidieron consejo, sabiendo que era un hombre santo, maduro, justo y celador de la fe. Él, como persona circunspecta y conocedora de los caminos de Dios, comenzó a indagar acerca de los ritos y costumbres de los herejes y a darse cuenta del modo que usaban algunos para atraer hacia su partido infiel por medio de exhortaciones y de la predicación, pero también con el ejemplo de una santidad simulada.

«Advirtiendo, por el contrario, la gran ostentación de que hacían gala los misioneros, sus cuantiosos gastos, y la pompa en cabalgaduras y vestimenta, exclamó: “No es así, hermanos, no es así como estimo que debéis proceder. Me parece imposible que pueda hacerse volver a estos hombres a la fe *sólo con palabras*, cuando ellos se apoyan preferentemente en su ejemplo. Fijaos en los herejes. Bajo apariencia de piedad [2Tm 3,5] y engañando con ejemplos de mesura y austeridad evangélicas, persuaden a los sencillos a seguir sus caminos.

«Por lo cual, si venís a mostrar lo contrario, edificaréis poco, destruiréis mucho y no os creerán en modo alguno. Despuntad clavo con clavo. Poned en fuga la santidad fingida con una verdadera virtud. Porque la soberbia de los pseudoapóstoles se vence sólo con una manifiesta humildad. Así Pablo se vio obligado a hacer el necio [2Co 12,11; 11,16-33] al enumerar sus verdaderas virtudes, y recordando las austeridades y peligros por que había pasado, para refutar la falsa arrogancia de los que se jactaban del mérito de su vida».

—Le dijeron: “¿Qué consejo, pues, nos das, padre bueno?”. —Les respondió: “Lo que me veáis hacer, hacedlo”. —En seguida, posesionándose de él el Espíritu del Señor [1R 10, 10], llamó a los suyos y los envió a Osma, con las cabalgaduras, equipaje y diverso aparato que llevaba consigo, reteniendo en su compañía a unos pocos clérigos. Manifestó que había formado el propósito de detenerse en aquella tierra con el fin de propagar la fe»¹¹.

d.- Este “nuevo estilo” de evangelización fue *alentado por el Papa Inocencio III*.— Se deja ver en una bula (17 de noviembre de 1206) que dirigió a sus legados o representantes en la “misión” del Sur de Francia:

«Como el rumor desenfrenado de estas higueras insípidas [los *cátaros*] *llegara a oídos de algunos religiosos y conmoviera sus ánimos a encauzar hacia el exterior contra aquellos las fuentes de su ciencia*, y a repartir el agua en las plazas con fervor de espíritu, sin embargo, faltando quien los envíe, **no se han atrevido a asumir con autoridad propia el oficio de predicar**, no fuera que recibieran la porción de Datán y Abirón a los que se tragó vivos la tierra [Sal 106,17], no hay quien elija la causa del Señor en bien del pueblo que se desvía.

«Puesto que nos consume el celo por la casa [Sal 69,10] del que inmerecidamente nos ha concedido residir en esta alta atalaya, queremos enfermar con los que enferman [2 Cor 11,29], y ofrecer paternos consejos que lleven medicina a las heridas. A fin de que, en cuanto esté de nuestra parte, pueda curarse la llaga tumefacta, te mandamos y prescribimos [al “legado” Raúl de Fontfroide] en conformidad con tu prudencia, por medio de escritos apostólicos, que **te ayudes de varones probados, que consideres idóneos para llevar esto a cabo, varones que no teman acercarse a los despreciados, que imiten la pobreza de Cristo pobre, con vestido despreciado y ardiente espíritu**. Empéñate en imponérselo en remisión de sus pecados, para que dándose prisa a entrar en contacto con los herejes, con la ayuda del Señor, **los rescaten del error, mediante el ejemplo de las obras y la exposición de la doctrina**».

¹¹ Inocencio III le había mandado que regresara a Osma y, en efecto, lo hizo tras entregarse a la predicación en la Narbonense alrededor de un mes, en parte de marzo y abril de 1206. Retornó al Languedoc en julio de este mismo año 1206. De nuevo fue hacia Castilla en enero del año siguiente, 1207, para estar allí a lo largo de febrero. Hacia finales de marzo estaba de nuevo en la región tolosana, y en ella pasó el mes de abril, pero de nuevo volvió a Castilla en mayo para permanecer hasta los primeros días de junio. En parte del mes de junio y hasta septiembre de 1207, volvió a la provincia eclesiástica Narbonense. Un verdadero ir y venir, que pone de relieve, tanto su responsabilidad a la hora de atender los asuntos de la diócesis, como su compromiso en la acción evangelizadora que coordinaba en tierras de cátaros. Cf. VICAIRE, *Historia...*, pp. 232, 268.

En este nuevo “estilo de evangelización” se mantiene Santo Domingo en el Sur de Francia. Se organizan “disputas con los herejes”, y predicación a los fieles, se funda el monasterio de Prulla. Tras la muerte de Diego de Acebes (31 de diciembre de 1207) asume la “animación del nuevo estilo de vida evangélica y apostólica”, reúne algunos seguidores en una casa de Tolosa (2ª parte de 1214), presenta el proyecto fundacional a Inocencio III (octubre de 1215), poco antes del IV concilio de Letrán (noviembre de 1215). Inocencio III aprueba en principio lo que le presenta, pero han de elegir una “Regla de las antiguas”. Después, “confirmará” todo. Así se convertirán el “religiosos predicadores” desde un convento de Tolosa y por aquella diócesis. Esto es lo que viene a “confirmar” Honorio III, con una *bula del 22 de diciembre de 1216*.

e.- *Misión predicadora “universal”*. La “*experiencia romana*”.— Tras la “confirmación” de la vida religiosa y misión predicadora en la diócesis de Tolosa Santo Domingo permaneció por un tiempo en Roma, en contacto con la curia pontificia. Las preferencias de su peregrinación se las llevaban los sepulcros de los mártires y, particularmente, el *Sepulcro de San Pedro* en la basílica Vaticana. A este propósito narra cuanto sigue *Constantino de Orvieto*:

«**25**. Hallándose en Roma el hombre de Dios Domingo, en la *basílica de San Pedro*¹², y en presencia de Dios se entregaba a la oración en favor de la custodia y dilatación de la orden, que por su medio propagaba el divino poder. Colocada la mano de Dios sobre él, *contempló en una visión imaginaria que se le acercaban de pronto los gloriosos príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo*. Le parecía que el primero, es decir Pedro, le entregaba un *bastón*, Pablo, empero, un *libro*, y completaban el gesto diciendo: «*Ve, predica, porque has sido elegido por Dios para este ministerio*». En seguida, en el mismo instante, le parecía contemplar a sus hijos diseminados por todo el mundo, marchando de dos en dos [Lc 10,1] y predicando la Palabra de Dios a las gentes»¹³.

Un eco de este texto se halla en el relato de Esteban de Salagnac, discípulo de Pedro Seilhan, seguidor de Santo Domingo en Tolosa, que proporcionó la primera casa para los hermanos en aquella ciudad:

«**2**. *Ofrecieron* [escribe Esteban de Salagnac] esta vasija [Domingo] los santos apóstoles Pedro y Pablo, quienes le mostraron con gesto muy grato que

¹² En la Edad Media, la visita a la basílica de San Pedro del Vaticano y la oración ante el sepulcro del Apóstol era meta principal de todo peregrino. Santo Domingo conoció, como es natural, la basílica paleocristiana edificada por el emperador Constantino en la primera mitad del siglo IV.

¹³ Es Constantino de Orvieto el primero que se refiere a esta vivencia de santo Domingo en su oración junto al sepulcro de San Pedro. Habría que situarla en enero de 1217. Acto seguido obtuvo la llamada «bula de la predicación», fechada el 21 de enero. Aparece con frecuencia en la iconografía de santo Domingo la recepción del «mandato» de predicar. Puede recordarse la pintura del beato Angélico en la predela del «Tríptico de Santo Domingo», en la iglesia de Santo Domingo de Cortona, en Toscana (Italia).

había sido *predestinado por el Señor para el oficio de la predicación*, entregándole **Pablo un libro**, y **Pedro un báculo**, como doble llave de la ciencia y del poder, que ellos mismos recibieron del Señor como de su fuente principal. Le dijeron: “Ve y predica; has sido elegido por el Señor para este oficio”».

Esta *experiencia espiritual*, comunicada al Papa Honorio III y al cardenal Hugolino, futuro Gregorio IX, explica la bula del 21 de enero de 1217, cuyo texto es el siguiente:

«Honorio obispo, siervo de los siervos de Dios, a los amados hijos el **prior y frailes de San Román, predicadores en tierras de Tolosa**, salud y bendición apostólica.

Elevamos digna acción de gracias al dador de todas las gracias por la gracia de Dios que se os ha dado [1Cor 1,4], en la que estáis y, como esperamos, permaneceréis hasta el fin. Porque, *inflamados en lo interior por la llama de la caridad*, se difunde hacia fuera el perfume de vuestra fama, que deleita a las almas sanas y restablece a las enfermas. Para que no permanezcan estériles las espirituales mandrágoras [o plantas medicinales], como sabios médicos, las fertilizáis aplicándolas la *semilla de la Palabra de Dios* con vuestro provechoso lenguaje. Así, como siervos fieles que emplean los talentos que se os han confiado para entregárselos duplicados al Señor [Mt, 25,14ss], como invictos atletas de Cristo, armados con el escudo de la fe y el yelmo de la salvación [1Tes 5,8], sin temor a los que pueden dar muerte al cuerpo [Mt 10,28], *reveláis con magnanimidad frente a los enemigos de la fe la Palabra de Dios*, que es más penetrante que toda espada de doble filo [Hb 4,12]. Odiáis así vuestras almas en este mundo a fin de custodiarlas para la vida eterna [Jn 12,25].

Por lo demás, puesto que el fin no corona la batalla, y los que corren en el estadio con todas sus fuerzas sólo por la perseverancia alcanzan el premio destinado [1Cor 9,24], rogamos a vuestra caridad y os exhortamos atentamente, *mandándoos por medio de escritos apostólicos*, imponiéndoo en remisión de vuestros pecados, que *trabajéis más y más con empeño*, confortados por el Señor, **en evangelizar la Palabra de Dios**, insistiendo oportuna e importunamente [2 Tm 4,2], y cumpliendo espléndidamente con el *oficio de evangelistas*.

Si por esto padeciereis algunas *tribulaciones*, no sólo debéis tolerarlas con ecuanimidad, sino que con el Apóstol debéis gloriaros en las mismas, gozosos porque habéis sido dignos de soportar ultrajes por el nombre de Jesús [Hch 5,41]. Pues este ligero momento de tribulación obrará un inmenso peso de gloria [2 Cor 4,17], de cara a la cual no son proporcionados los padecimientos de este tiempo [Rm 8,18].

Nosotros también, deseándoos amparar benignamente como a *especiales hijos*, pedimos que por nosotros ofrezcáis al Señor el *sacrificio de los labios*, para que lo que quizás nuestros méritos no alcanzan lo consigamos por vuestras *oraciones*.

Dado en Letrán, duodécimo de las calendas de febrero, primer año de nuestro pontificado».

f.- “*Dispersión por el mundo*”.— La “experiencia romana” explica la “dispersión de los hermanos”, meses más tarde. La relata Jordán en estos términos:

«47. Invocado el Espíritu Santo y convocados los frailes, les dijo [fray Domingo] que éste era el propósito de su corazón: transferirlos a todos, aunque eran pocos, por el mundo, y que en lo sucesivo no habitaran ya reunidos allí. Se admiraron todos al manifestarles sentencia tan categórica, fraguada con tal rapidez. Pero como los animaba una indudable sumisión a la autoridad que le daba su vida santa, asintieron con mayor facilidad, confiando en que todo condujera a buen fin»¹⁴.

Constantino de Orvieto coloca esta resolución tras la vuelta de Roma, y lo hace con estas palabras: «Volviéndose a Tolosa donde habitaban ya los frailes en la iglesia de San Román, que les había otorgado Fulco, obispo tolosano, y donde habían construido un convento, convocando a todos, les comunicó que éste era su propósito: —dispersar por *las diversas partes del mundo* a todos los frailes, aunque fueran pocos, convencido como estaba de que *la semilla esparcida fructifica, amontonada se pudre*».

El 11 de febrero de 1218, hallándose Santo Domingo en Roma, obtuvo esta bula:

«Honorio obispo, siervo de los siervos de Dios, *a los venerables hermanos arzobispos y obispos, a los dilectos hijos abades, priores y otros prelados de las iglesias* a los que llegaran estas letras, salud y bendición apostólica.

Si procuráis *amar y honrar a las personas religiosas*, ofrecéis un obsequio muy grato a Dios para quien servir es reinar, que asevera que lo que se hace a uno de sus mínimos se le hace a él mismo [Mt 25, 40].

Rogamos, por tanto, a vuestra devoción y exhortamos con cuidado, mandándoos por medio de escritos apostólicos que, para fomentar su laudable género de vida, *tengáis como encomendados* por nuestra reverencia y la de la Sede Apostólica a los frailes de la orden de Predicadores, *cuyo útil ministerio y religión creemos que es grata a Dios*. Los asistiréis en sus necesidades. Éstos, al ***proponer gratis y fielmente la Palabra de Dios, buscan el provecho de las almas***. Siguiendo sólo al mismo Señor, se presentaron con el título de pobreza. Nuestras preces y mandato los cumpliréis de tal modo que, llegados al día del estricto examen, recibáis con ellos el reino eterno, colocados a la derecha entre los elegidos, y así no escuchéis la sentencia condenatoria de los réprobos, para los que dispondrá un fuego eterno porque, por el desprecio de aquéllos, Dios asegura que a él mismo lo han sometido a desprecio.

¹⁴ La dispersión se hace el 15 de agosto, fiesta de la Asunción, de 1217, desde Prulla, según Esteban de Salagnac. Cf. VICAIRE, *Historia...*, p. 567ss.

Dado en Letrán, el tercero de los idus de febrero, segundo año de nuestro pontificado».

* * *

TERCERA PARTE

Este árbol plantado por Santo Domingo es el que, según San Francisco Coll, se *ramifica* y *florece* en la Congregación que la providencia hace surgir en **1856**. Era una persona autorizada para asegurarlo: ¡llevaba en todo su ser esta misma «madera», y por su persona se repartía la «savia vital» que animaba a semejante árbol desde el siglo XIII!

A partir de su *compromiso de vida y convicciones como discípulo de Santo Domingo* trató de consolidar las ramas que brotaban “desde dentro” (y no tan sólo como “injertos”), y procuró que no se malogaran las flores de las “nuevas ramas”, sino que cuajaran en fruto.

1.- La «*contemplación, el amor a Cristo, la familiaridad y confianza con él*», fue empeño personal del P. Coll, y programa para la Congregación.

Aseguran que al hablar de Cristo en Vilanova i la Geltrú quedó como extático: «Predicando una vez el sermón del *Ecce Homo*, se quedó por algunos momentos parado, y admirados los oyentes, vieron que se había quedado en forma de un crucifijo. Esto último me lo contó una tía mía que estaba en la iglesia» (H. Miró, T., p. 732). Decía también que era tanto el amor que experimentaba por Cristo que estaba dispuesto a ser arrastrado por las calles de Barcelona para ponerlo de manifiesto.

Por amor a Cristo animaba a las hermanas a mortificar cada día la propia voluntad, el amor propio (OC, p. 6). Las resoluciones, frutos de la oración, las tomarían en unión de los méritos de Cristo (OC, p. 12).

La primera parte de la “Regla o forma de vivir de las HH.” (1863) está dedicada, de forma prioritaria, a esclarecer el camino por donde debe transcurrir la vida de los que se comprometen a la perfección en el estado religioso, y a proyectarse desde él en la proclamación del Evangelio. Han de poner empeño en cultivar la virtud, mantenerse en un espíritu de oración, *centrarse cada vez más en el amor a Jesucristo*, esforzarse por tender hacia la perfección. A todo ello se orientan los capítulos consagrados a la humildad, caridad, obediencia, pobreza, castidad, presencia de Dios, oración, silencio, *amor a Cristo*, etc.

«No desmayéis ni os perturbéis porque no pensáis continuamente que Dios os está presente. En el Cielo pensaremos siempre en Dios, pero en el mundo no es posible. No obstante, aunque no podamos estar siempre en la presencia de Dios,

ya obramos por Dios, pues que por la mañana ya le ofrecemos todo y queremos hacerlo todo para su mayor gloria, y la obra aún es más agradable a Dios que el pensamiento; pero procurad renovar la presencia de Dios del modo que se os ha manifestado. No dudéis, benditas Hermanas, que si ponéis en práctica lo que os acabo de decir, adelantaráis mucho en el camino de la virtud, y gozaréis después de esta miserable vida, de la compañía de vuestro amado Padre en el Cielo con todos los bienaventurados para siempre. Entonces sí que diréis: “Ya estamos unidas con el que tanto deseábamos ver, y que con tanto empeño buscábamos en la tierra; ya le tenemos; Él no nos dejará más a nosotras, ni nosotras tampoco a Él”» (OC, pp. 175-176).

* * *

2.- «**Cristo Palabra**», alimento del que no puede prescindirse en la Congregación.

La meditación del P. Coll partía de la Palabra con la que, como Santo Domingo, se familiarizó desde niño. Los textos eran los que le ofrecía la edición latina de la “Vulgata”. Estaban presentes en el Breviario y en el Misal. Tales textos venían a su memoria con facilidad en las charlas a las Hermanas y en la predicación en general. Manejó también traducciones de la Biblia al castellano. También los libros que usaba utilizaban mucho la Sagrada Escritura.

Con relación al *Breviario*, creemos que suscribiría él también muchas afirmaciones que redactó en la segunda parte del siglo XX un gran devoto suyo, el hoy Siervo de Dios, misionero en Guatemala, *Terencio M^a Huguet*: Libro de oración, directorio espiritual, inspirador y mantenedor de los mejores propósitos, fuente inagotable de luz, energía, fervor, aliento y solaz, en cualesquiera vicisitudes de la existencia. “Por de pronto, ¿cuánto no influyó el uso asiduo del Breviario y la contemplación en sus páginas de la figuras más gloriosas y representativas de la familia dominicana, cuales son nuestros Santos y Bienaventurados para que fuera perfeccionándose y confirmándose nuestra vocación?”.

Un medio usado permanentemente por San Francisco Coll y trasladado a la Congregación fue la *meditación de los textos bíblicos que acercan los quince misterios del Rosario*.

Otro medio fue la meditación de la Pasión del Señor, repartiendo los “pasos” por los diferentes días de la semana:

«Es también muy importante que tengáis un paso fijo de la sagrada pasión de Jesucristo para contemplarle cada día de la semana, ya para dar gusto a Jesucristo, que tanto desea que nos acordemos de su pasión y muerte, ya también para unirnos con sus penas en las aflicciones que Él nos permite.

«Así es que el lunes os podréis acordar de la triste oración que Él hizo en el huerto de Getsemaní. En las mortificaciones de aquel día, acudid luego a

considerar aquellas grandes penas y amarguras que sufrió Jesucristo en la oración del huerto de Getsemaní, y decidle: “¡Oh Salvador mío! aceptad estas mis aflicciones en unión de las que Vos padecisteis por mi amor en el huerto de Getsemaní, en satisfacción de todos mis pecados, y en sufragio de las benditas almas del Purgatorio: ayudadme, Padre mío, porque sin Vos no puedo nada”. Y animaos a padecerlo todo con resignación, y no dudéis que daréis grande gusto a Dios nuestro Señor, porque en nada se da más gusto ni mayor prueba de amor, que en padecer por la persona amada.

«El martes medita la flagelación. El miércoles la coronación de espinas. El jueves el llevar la pesada cruz a cuestas. El viernes medita que está pendiente o crucificado en la Santa Cruz, muriendo por nuestro amor, y al pie de la Cruz a la Virgen María, Madre nuestra. El sábado miradle muerto y cubierto de llagas en brazos de María. El domingo consideradle dentro la sepultura, y la soledad de María Madre nuestra. En todos estos pasos comparad las penas que Él os permite, con las que Él padeció por nuestro amor, y veréis que nada son las nuestras. Así os animaréis, os consolaréis, y padeceréis con mérito, que esto es lo que nos importa» (OC, p. 175).

Era un modo de «leer con el corazón» la Palabra de Dios. El P. Coll hablaba también de “oración de corazón”. Así, por ejemplo, cuando animaba a “reavivar la presencia de Dios” a lo largo del día:

«Mientras continuáis aquel acto, o aquella obra, procurad renovar la misma intención, diciendo: “Dios mío, sea todo a gloria vuestra”: *basta decirlo con el corazón*» (OC, p. 174).

Un buen medio para caminar, en fidelidad a las enseñanzas de los Santos Domingo y Francisco Coll en torno a “Cristo Palabra”, es profundizar, tanto en la constitución «*Dei Verbum*» del concilio Vaticano II, como en la exhortación apostólica postsinodal de Benedicto XVI, «*Verbum Domini*» (30 de septiembre de 2010).

* * *

3.- «Cristo Eucaristía», en el centro de la espiritualidad del P. Coll y de la Congregación.

El desarrollo de este punto llevaría un gran espacio. Puede recordarse aquella expresión gráfica del P. Enrich cuando, al comunicar a Roma la muerte del P. Coll, ofrecía un resumen del desarrollo de su enfermedad de “apoplejía”. A partir del 6 de febrero de 1872, privado de hecho de la vista y agravado en la agilidad, “*tuvo que sacrificar sus delicias*, al no poder celebrar ya más la Misa” (T, p. 587). La Eucaristía, y en concreto su celebración, constituía las *delicias* de San Francisco Coll.

Como en Santo Domingo, también aparecen a veces las “lágrimas” en sus celebraciones. En el Proceso ordinario lo transmite el P. *Lesmes Alcalde*, como testigo de quienes “lo vieron”:

«20.- Me habían referido las Hermanas Ignacia Ribas e Ignacia Sansi que trataron al Siervo de Dios, que era grande la devoción y fervor con que celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, hasta el punto de que algunas veces se le veía *derramar lágrimas*, y que la gente en las misiones del Siervo de Dios, prefería oír su Santa Misa a la de los demás compañeros. Era notoria de todo el mundo su devoción al Santísimo Sacramento, delante del cual nunca se le veía en otra actitud que de rodillas, dándose mientras rezaba grandes golpes de pecho. Por la misma razón de ciencia y por lo que dejó escrito en la “Hermosa Rosa” para la preparación y acción de gracias después de la Comunión me consta, que el Siervo de Dios fomentaba en los demás la devoción al Santísimo Sacramento del Altar» (T, pp. 877-878).

La mencionaba *H. Ribas* se expresaba así: «El fervor con que celebraba la Misa, le hacía parecer como extasiado; la decía con pausa, pero sin pesadez, extendiendo los brazos con visible devoción, tanto, que las gentes durante las Misiones preferían su Misa a la de sus compañeros; lo mismo sucedía cuando rezaba el Santísimo Rosario, y mientras la oración mental, en la cual estaba siempre de rodillas, repitiendo cuando la hacía con la comunidad con grandísimo fervor: “Avivemos la presencia de Dios, Dios nos escucha”, y otras jaculatorias que, como saetas atravesaban el corazón. (T., p. 758).

La *H. Inés Pujols* era “testigo de vista” sobre el fervor con que celebraba la Misa:

«20.- De ciencia propia y por haberlo yo mismo visto me consta, que el Siervo de Dios P. Francisco Coll celebraba con tanta devoción el Santo Sacrificio de la Misa, que bastaba presenciarlo para sentirse uno recogido y devoto. Había oído decir que el Siervo de Dios algunas veces cuando celebraba derramaba lágrimas, y esto mismo afirmaba un monaguillo que le ayudaba en la Santa Misa. El mismo recogimiento y devoción se notaba en los últimos años de su vida cuando por falta de la vista celebraba la Misa Votiva de la Virgen. Visitaba con frecuencia el Santísimo Sacramento y pasaba muchos ratos delante del mismo, estando siempre hincado de rodillas con gravedad y compostura religiosa; debido al Fundador tenía la Congregación mandado la visita diaria al Santísimo Sacramento y la Comunión espiritual en cada hora del día. Cuando el Siervo de Dios daba la meditación, que lo hacía siempre de palabra o explicada, a la Comunidad, estaba siempre de rodillas delante el Santísimo, debiendo constar que entonces teníamos la meditación de una hora por la mañana y una hora por la noche» (T., pp. 945-946).

Se recuerden su “procesiones del *Corpus*” al final de las misiones populares.

* * *

4.- «Seguimiento de Cristo», “testamento” también de San Francisco Coll.

Características de “testamento” tiene el texto de «Proyecto de Constituciones que elaboró hacia el final de la vida. En él se halla la “condicional”, que se recuerda:

«Si sois verdaderas hijas de María y *Esposas de su Hijo*, este santo Instituto no cesará hasta ser extendido y dilatado por toda la tierra» (OC, p. 295).

Jesucristo es “maestro y celador de *santa paz*” en las comunidades. Las Hermanas están llamadas a vivir en paz, unión y alegría, para poder edificar en el entorno en que viven (OC, pp. 275-276). Conviene recordar la importancia primordial que daba Santo Domingo a la paz comunitaria. Es el primer punto de examen que establecen las primitivas constituciones de los hermanos para los *visitadores de las comunidades*. *Si in pace continui? ¿Si se hallan estables en la paz?* Así continuaba la misma expresión en las constituciones que profesó el P. Coll.

Seguimiento de Cristo “*orante en el monte*”:

«63 [73].- Nuestro Divino Maestro Jesucristo en el monte pasaba la noche en oración: para que siempre haya entre vosotras quien alabe al Señor, os ordeno que *pasando del número de doce, que tengan salud*, haya siempre en toda la noche una de vela en el oratorio; o en la enfermería; si hay alguna enferma que lo necesite» (OC, p. 284).

Seguimiento de Cristo, “*maestro del docente*”, que debe tener el “amor” como motivación principal de la enseñanza:

«73 [83].- Ejercitad también vuestra caridad en la enseñanza de las niñas, y tened presente lo que dijo Jesucristo vuestro amado Esposo: “Dejad venir a mí a los niños, porque de tales es el reino de los cielos”; y él los abrazaba, bendecía y ponía las manos sobre ellos [Mc 10,14]. Aquellas pues que serán destinadas a la enseñanza, cúmplanlo con toda voluntad y esmero. Enseñen con todo cuidado a las niñas la labor material; pero *atiendan con mayor afecto a su bien espiritual*. Por tanto cumplirán exactamente todo lo que está ordenado por la ley. Ordeno que a las [niñas] que comulgan cada mes las preparen con dos o tres días de anticipación, y después las hagan recibir los santos sacramentos, y las que no comulguen, cada tres meses, preparándolas toda la semana. Ordeno que si alguna viene vestida profanamente, pongan todos los medios para el remedio. Ordeno que les hagan rezar el Santo Rosario cada día y podrán cantar con ellas algunas letrillas espirituales» (OC, p. 290).

Seguimiento de Cristo, por el camino de la “*obediencia*”:

«74 [84].- Amadas hermanas vuestro celestial Esposo fue “obediente hasta la muerte y muerte de cruz” [Flp 2,8]. Para imitarle pues y agradecerle, debéis ser obedientísimas, acordándoos de lo que dice el mismo Señor: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame” [Mt 16,24]» (OC, p. 290).

Seguimiento de Cristo por el camino de la “*pobreza*”:

«75 [85].- Amadísimas hermanas, de nuestro Divino Redentor escribe San Pablo que “siendo rico se hizo pobre por nosotros” [2 Co 8,9]. Imitad, pues, a aquel Señor tan pobre, que como él mismo dijo, no tuvo “donde reclinar su cabeza” [Mt 8,20]. Por tanto os ordeno que luego de ser profesas tengáis todas las cosas en común. Ordeno que no seáis melindrosas y repugnantes en usar de una cosa de que otra usó, antes humildes y caritativas, pensad que por los méritos de la hermana que usó de aquella cosa, Dios bendecirá vuestra alma y vuestro cuerpo. Os ordeno que imitando a los primeros cristianos ninguna llame suya alguna cosa sino nuestra [Hch 4,32]» (OC, p. 291).

* * *

5. El «anuncio de Cristo»: «Ve y Predica», programa de vida para San Francisco Coll y para la Congregación.

San Francisco Coll en su condición de “fraile dominico exclaustro” dio rienda suelta al “celo apostólico que le devoraba”, al decir del Canónigo Collell. También éste es un punto que resultaría interminable tratar. (Podría repasarse el estudio: SAN FRANCISCO COLL, O.P., O LA «PASIÓN DE PREDICAR», en la revista “Teología Espiritual” 54 (2010) 15-60). Benedicto XVI, al canonizarlo, entendió que la predicación de San Francisco Coll iba dirigida a “fomentar el encuentro profundo con Cristo”. El Beato Juan Pablo II ponderaba la “asombrosa tarea de la predicación” que desarrolló.

Del “no es así” de Diego de Acebes en Montpellier, cuando se refería a la predicación que desarrollaban hasta entonces en la Narbonense, se pasa al “es así”, cuando escriben crónicas de las misiones populares que dirigía San Francisco Coll (T, p. 249):

«¡Ah!, ¡qué lección ha dado el P. Coll a los oradores sagrados! ¡qué lección a los jóvenes, sobre todo, que tan equivocadas convicciones abrigan sobre el particular! ¡cuántas veces al oír yo a nuestro apóstol evangelizando desde un balcón, y con un *fervor sobrehumano*, las *palabras de vida eterna* a un gentío inmenso, al contemplar aquella infinidad de corazones de tan diferentes clases, *arrobados todos y pendientes de sus labios*, cual pudiera estarlo el corazón del cristiano más dócil y piadoso; al ver ostensiblemente reflejadas en el *semblante de los oyentes las diversas emociones* que sucesivamente iban experimentando en su interior según el asunto, giro, tono y maneras del predicador; pero sobre todo al considerar sobre el *copiosísimo fruto* que únicamente podrán disponer los confesonarios atestados a todas horas de toda clase de gentes ansiosísimas de purificar sus conciencias con la sangre del Cordero inmaculado; cuántas veces, repito, al agolparse estas ideas a mi imaginación, exclamaba extático dentro de mí mismo: “*Éste, éste será el verdadero modo de predicar, porque éste, y únicamente éste, es el que gana las almas para Dios*”.- ¡Ojalá nos penetráramos bien todos los predicadores, especialmente los jóvenes, de esta importante verdad! ¡Ojalá supiéramos desprendernos de esas flores y estilo hinchado que al fin no hacen otra cosa que hincharnos de vanidad y orgullo! ¡Ojalá fuera más humilde

nuestro hablar, ya que comúnmente hablamos a gentes humildes! ¡Ojalá, en fin, que no nos propusiéramos otro objeto, en el desempeño de este sagrado ministerio, que *la mayor gloria de Dios y el bien de nuestros prójimos!* A buen seguro que el fruto sería más copioso, y que la sangre de las almas, de que hemos de dar cuenta, no nos debiera hacer temblar, como ahora».

* *

Es evidente que el P. Coll entendía que la “enseñanza” es un modo muy adecuado de “predicación”. La enseñanza que orienta todo a formar a la persona desde la fe. La enseñanza que brota de Cristo, Verbo eterno del Padre, y a Él conduce. La que oferta a todos la “sana y santa doctrina”, por los pueblos y ciudades. La predicación-enseñanza que no se identifica con “vender el Evangelio”, que está siempre en grado de proclamar: *No busco lo vuestro, sino a vosotros*, como escribía Santo Tomás (*Contra impugnantes* 2, 6). La enseñanza que busca tiempo para dedicarse al “estudio”, en particular de la Sagrada Escritura, y todo a lo que su mejor asimilación conduce, bien conscientes los docentes de que no se posee “ciencia infusa”, como la tenían los Apóstoles, sino que hay que adquirirla. La enseñanza que busca la *justicia* y la *paz* en medio de un mundo tan necesitado de ambas dimensiones. La *paz*, escribía asimismo Santo Tomás, debe hallarse en los labios del predicador (del docente). La enseñanza que busca con decisión la *gloria de Dios* y la *salvación del prójimo*. En todos estos aspectos, de manera muy especial, debe brillar la “enseñanza de calidad” que está llamada a impartir la Congregación “regada” con el “sudor” de Santo Domingo.

CONCLUSIÓN

La Providencia de Dios ha querido garantizar la identidad y misión de la Orden y de la Congregación con una especial protección de María

La devoción a María estaba muy arraigada en Santo Domingo y la legó a la Orden. Le acompañó en su existencia. Una vez entregado a la predicación buscó el amparo del santuario mariano de Prulla para “sembrar” allí la Orden, de hermanas y hermanos. En tal lugar, al decir de muchos documentos de donaciones o compraventa, unas y otros “servían a Dios y a santa María en su santuario”. Predicador por los caminos iba cantando frecuentemente el himno “Ave Maris Stella”. Por su oración, María devolvió la salud en Roma al Beato Reginaldo de Orleáns, a quien al ungirle los pies lo preparó para el “anuncio del Evangelio de la paz”. En la iglesia de Santa María (Mascarella) se establecieron los hermanos en primer lugar en Bolonia, antes de que el mencionado Reginaldo los trasladara a San Nicolás de las Viñas. Llevó en procesión un famoso icono de Santa María desde el “Monasterium Tempuli” para que presidiera la vida de las hermanas en San Sixto de Roma. Estableció que en la zona de los dormitorios hubiera siempre un altar dedicado a María, y ante él hacía oración. La Virgen María aparece a la

hora de la muerte junto a su Hijo para llevarlo hacia el cielo, tal como contempló en visión imaginaria fray Guala de Brescia. La obra de Gerardo de Frachet, “Vidas de los Hermanos” vinculan constantemente a María con los orígenes de la Orden.

San Francisco Coll, cuya devoción mariana salta a la vista con apenas acercarse a la biografía, proclama la parte tan importante que tiene María en la Congregación: Santa María del Rosario la ha colocado *bajo la sobra, protección y amparo del Santo Rosal* (Pról. a la “Regla o forma de vivir de las HH.”). El Señor y la Santísima Virgen les protegían en todo, escribía al P. Vallés en 1858. Pedía a las Hermanas que invocaran a María al dar el reloj las horas. Les dejó el rezo de las tres partes del Rosario.

El P. Jaime Clotet, Claretiano, decía que al conocer la gravedad de una indisposición que padeció, “recurrió a María Santísima y la suplicó que se dignara poner bajo su maternal protección a sus buenas Hermanas y desde entonces ya no pensó en ellas, entregándose en las manos del Señor con grandes deseos de que se cumpliera en él su santa voluntad. El mismo Padre me lo refirió, estando ya convaleciente y fuera de peligro” (T, p. 696).

Para amparar y proteger al alumnado decía a las Hermanas que hicieran repetir a las niñas los “dulcísimos nombres de Jesús y María” (T., p. 711).

La *H. Dominga Victori*, primera Secretaria general y tía de dos Beatos Mártires, O.P., el P. Ramón y D. Miguel Peiró Victori, escribió así:

«Y de nuestro pobre y humilde Instituto, ¿qué os diré, hermanas mías? Nada más puedo deciros, sino que los rápidos progresos que ha hecho en los pocos años que lleva de vida, a la protección de María se debe. ¿Quién no sabe la tierna devoción que nuestro inolvidable Fundador Padre Coll, tenía a la Virgen María? A esto que respondan los muchos pueblos donde repartió el pan de la divina palabra, y todos a una os contestarán que era un santo y un fervorosísimo devoto de María. ¡Cuántas veces se vio en los púlpitos con el Rosario en la mano, excitando a sus fieles oyentes a la devoción de la Santísima Virgen, y mostrándoles el Rosario, decirles que era la firmísima escalera para subir al cielo! Como verdadero hijo de nuestro Padre Santo Domingo, heredó su espíritu, y sobre todo, heredó de nuestro Santísimo Patriarca la devoción a María, y en especial la del Rosario.

Y ¿quién de vosotras ignora, carísimas hermanas, el afectuoso amor que nuestra reverenda Madre, primera Piora general de nuestro Instituto [M. Rosa Santaeugenia], profesaba a la Reina del Santísimo Rosario? Las que tuvieron la dicha de vivir por algún tiempo en su santa compañía y oír sus maternales exhortaciones, pueden dar testimonio de ello, pues no sólo con las palabras, más aún con el ejemplo las excitaba a tener a María una tierna devoción. Siempre que las ocupaciones se lo permitían, tenía el Rosario en la mano, y le premió tanto la Santísima Virgen esta su predilecta devoción, que le concedió la singular gracia de que las últimas palabras que pronunciaron sus moribundos labios, pocos momentos antes de expirar, fueron las Ave-Marías del Santísimo Rosario

Siendo nuestros Padres Fundadores tan amantes de la Madre de Dios, podéis deducir de aquí que bajo los auspicios de esta incomparable Virgen abrieron los cimientos de nuestro Instituto, y Ella ha cuidado de él, como puede hacerlo la más tierna y cariñosa madre con sus hijos pequeñuelos. Ella le ha conservado y hecho prosperar hasta la altura en que se halla, que, gracias a Dios, es muy satisfactoria, y no dudemos que si nosotras somos fervorosas y constantes en su devoción, Ella continuará protegiéndonos y nos hará prosperar en virtud, que es lo que constituye la esencia de la vida religiosa» (T., pp. 789-790).